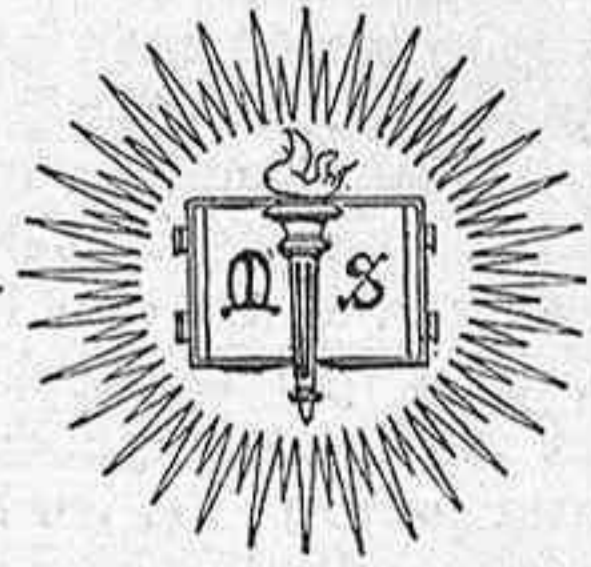


La Ilustración Artística



AÑO XVIII

← BARCELONA 18 DE DICIEMBRE DE 1899 →

NÚM. 938

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA IDEA, escultura en mármol de R. Rodin, grabado de Leveillé

ADVERTENCIAS

Llamamos la atención de nuestros lectores y del público en general sobre el prospecto de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA para el año 1900, que con el presente número repartimos.

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será el cuarto y último de la interesante obra NAPOLEÓN III.

Llamamos la atención de los señores suscriptores y de nuestros corresponsales sobre la advertencia que publicamos en el número anterior.

SUMARIO

Texto.— *Crónicas de la Exposición de París. Entrada en materia*, por Juan B. Enseñat. — *El escultor Augusto Rodin*, por A. — *Las apariencias*, por P. y V. Marguerite. — *El ins constante*, por E. García Ladevese. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Por venganza*, novela. — *Medalla en honor de don Emilio Castelar*. — *Cartel anunciador*. — *Demolición de las murallas de la China*. — *Nieve electrizada*. — *El último veterano*.
Grabados.— *La idea*. — M. Alfredo Picard. — *El escultor Augusto Rodin en su quinta*. — *Fragmento del grupo «Los ciudadanos de Calais»*. — *Una procesión en el bosque*. — *Horas tristes*. — *Guerra anglo-boer*, seis grabados. — *Un pequeño Moltke*. — *Un día*. — W. F. Gatacre. — *Cornelio F. Clery*. — *Medalla de honor de D. Emilio Castelar*. — *Cartel anunciador*. — *Puente sobre el río Rojo, en el Tonquín*.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

ENTRADA EN MATERIA

Al emprender la serie de crónicas quincenales en que nos proponemos reseñar los atractivos, acontecimientos y maravillas de la gran fiesta con que el



M. ALFREDO PICARD,
Comisario general de la Exposición

orbe civilizado va á dar esplendoroso coronamiento al siglo de las luces, queremos exponer el espíritu que nos anima, los propósitos que abrigamos, el carácter que nos proponemos dar á estos artículos y el plan que nos hemos trazado para que resulten, si no un estudio metódico, un trabajo exento de confusión.

Procuraremos describir todo lo que por su mérito, originalidad ó importancia llame la atención del público ilustrado en este concurso universal.

Los éxitos de las letras y las artes, las conquistas de la ciencia y de la industria, todas las manifestaciones de la inteligencia y actividad humanas que triunfen en la Exposición tendrán su reflejo en estas columnas, cuya lectura deseamos que interese lo mismo á los artistas que á los simples curiosos, á los técnicos como á los profanos en materia científica, á los lectores de ambos sexos y de todas edades.

Sin grandes esfuerzos de imaginación, sin ninguna enervante tensión de espíritu, podrán seguirnos á través de las inmensas galerías en que han de exhibirse las más preciadas muestras de la producción universal; y allí nos complaceremos en explicarles, con toda la concisión y claridad posibles, las riquezas del suelo y de la industria, las curiosidades y excelencias del arte, las aplicaciones de la ciencia, los prodigios de la mecánica, todo lo que creamos digno de su atención.

Les haremos asistir á festivales y congresos, á conferencias y espectáculos, procurando que descansen del estudio en las distracciones y que se distraigan en el estudio mismo de las materias más abstractas.

Deseamos proporcionar un medio práctico de orientación á los que hayan de visitar de hecho el

gran certamen, y un arsenal de recuerdos á los que lo hayan visitado cuando lean nuestras crónicas.

Quisiéramos, sobre todo, dar á éstas tal amenidad, que se leyese sin fatiga alguna, con interés creciente, como se devoran las páginas de una novela muy movida y emocionante. ¿Qué se necesita para esto? Que sean animadas las reseñas, variados los asuntos, claro el estilo, salpicados de anécdotas los estudios, llenas de color y de vida las descripciones.

Lejos de nosotros la presunción de poder realizar una obra tan acabada y perfecta; pero conste que no ignoramos el tono y la forma que hemos de dar á nuestro trabajo, para que responda más ó menos cumplidamente á su objeto, y que estamos resueltos á poner de nuestra parte todos los medios posibles para conseguir este resultado.

Más que la materia, procuraremos reflejar la vida de la Exposición.

A todo apelaremos para presentar una viva imagen de este cuadro animado y grandioso: al símil más ó menos vulgar para la explicación de cosas de difícil comprensión, á la historia anecdótica de los inventos, á los comentarios del público, á la presentación de tipos originales, á los diálogos que puedan prestar movimiento y colorido al cuadro.

No siempre hemos de hablar por cuenta propia, sino que apelaremos á la autorizada palabra de personas competentes, cuando se trate de asuntos que desconozcamos. Porque estas crónicas, para que llenen su objeto, tienen que encerrar, bajo su forma entretenida, amena y fácil, un estudio serio y exacto de todos los progresos y bellezas que el genio humano reuna en esta Exposición, que vendrá á ser la apoteosis del siglo.

¡Y qué siglo el que finaliza! ¿Hay en la historia de la humanidad algún otro que pueda serle comparado en fecundidad genial?

Lo abre Napoleón con las guerras que difunden el espíritu que ha de llenarlo; se eleva á la cúspide del arte con los grandes poetas, músicos y pintores que lo ilustran; alcanza á lo maravilloso de las ciencias aplicadas con los ferrocarriles y vapores que reducen la vuelta al mundo á un paseo de pocos días; ahuyenta las tinieblas con el gas; pone al habla á los habitantes de todo el orbe con el telégrafo; disputa víctimas al dolor y á la muerte con el descubrimiento de los microscópicos enemigos de la vida, y acaba en medio de los mágicos esplendores de la electricidad.

Semejante siglo exigía un coronamiento grandioso. Por esto la Francia ha invitado al mundo para que concurra á esta soberbia manifestación del genio humano, sin distinción de pueblos ni de razas.

París, que á cada década aparece rejuvenecida y dotada de mayor grandiosidad y belleza, aguarda impaciente la triunfal primavera próxima, en que arrojará con graciosa coquetería el manto de invierno, para recibir, con la sonrisa en los labios y coronada de flores, á los huéspedes que de las cuatro partes del globo acudirán á visitarla.

Celosa de su legendario renombre, echa, por decirlo así, la casa por la ventana, á fin de que su hospitalidad resulte grata para todo el mundo y para que no haya gusto ni capricho que no quede satisfecho.

Los sabios y los industriales, los comerciantes y los artistas encontrarán aquí innumerables palacios donde estudiar y comparar, cada uno en lo que le concierna, las más recientes manifestaciones del humano ingenio y los rápidos progresos de la civilización universal.

Para la masa de visitantes, á quienes ninguna laboriosidad preocupe, París siembra á cada paso curiosos atractivos, delicados placeres, espectáculos imprevistos, mágicas apoteosis.

Porque estas grandiosas exhibiciones internacionales no pueden ser, como antes, simples fiestas del trabajo; tienen que ser fiestas de la humanidad. Y en la de 1900 se agruparán todos los pueblos y todas las razas, con sus costumbres propias, sus tipos, su trabajo y sus creencias; cada uno en su escenario peculiar, dentro de los límites de lo posible, viniendo á ser en conjunto una síntesis del orbe entero.

Y si en este compendio universal se junta y penetra todo lo que esas razas y esos pueblos ofrecen de superior en actividad cerebral y en cosas sorprendentes, calcúlese la intensidad de vida que se desprenderá de esa masa cosmopolita, atareada, febril, ávida de saborear todos los goces del espíritu y todos los placeres más ó menos honestos, multiplicados hasta el infinito.

Esta será la característica de semejante fiesta: vida y acción. Las individualidades se decuplarán en ella, merced á ese medio ambiente que penetra en el cuerpo y en el alma por todos los poros y por todos los sentidos.

Fuera de los que vengan con el exclusivo objeto de trabajar y que mirarán con ojos distraídos todo lo que no constituya el objeto de su estudio especial, la inmensa mayoría de los huéspedes de París llevará aquí esa vida de movimiento continuo y de intensísima tensión de espíritu que acaba por dar el vértigo.

Y sin embargo, para ver bien las cosas, es preciso tener una previa noción de ellas y saber visitarlas con método. El que se lance al torbellino de esta exhibición sin haber adquirido sobre ella algún conocimiento, recibirá la impresión de un vertiginoso caos, del que surgen solamente, como alturas luminosas, unas cuantas maravillas, que sirven de jalones á la memoria. De todo lo demás, visto de prisa ó pasado por alto en los paseos realizados sin más guía que el capricho; de todo lo demás que constituye el fondo positivo y verdaderamente útil de la Exposición, no conservará más que una idea confusa, ignorando lo más interesante del concurso.

Los catálogos, indispensables para toda visita concienzuda, presentan la Exposición en detalle, cuando para comprenderla y apreciarla es preciso abarcar agrupaciones y conjuntos. Y esto es lo que para mayor comodidad y comprensión de nuestros lectores nos proponemos hacer en estas *Crónicas*, que vendrán á ser una especie de guía, bastante metódica para evitar el fastidio de la elaboración de un programa, y bastante elástica para prestarse á los cambios de itinerario más caprichosos.

París y la Exposición se compenetrarán de tal modo, que no será posible presentar un cuadro más ó menos completo de este coronamiento del siglo, sin reflejar la vida palpitante de la gran ciudad en este momento histórico.

París ofrecerá un espectáculo sorprendente y único: el resumen y compendio de cuanto caracteriza esta época, en que la transición del espíritu moderno coincide con el paso de un siglo á otro.

En el orden social, se verá una juventud escéptica y pesimista, asistiendo á la bancarrota de los viejos ideales; juventud que se dice hastiada de la vida á los veinte años, que jura por Schopenhauer y erige en dogma la teoría de la seriedad y del tedio.

Arriba, el triunfo de las osadas ambiciones, el dinero corruptor, la familia disuelta por el divorcio ó encenegada en la vergüenza de dramas inmundos, la política reducida á una artera lucha de personalidades, el poder convertido en presa de los más hábiles ó de los más faltos de pudor.

Abajo, los estragos del vicio y del infortunio, la guerra fratricida de castas y de clases, el trabajo convertido en lucha desesperada contra el hambre, legiones de infelices sumidos en un mar de injusticia humana, dramas terribles en que los lamentos se sofocan con lágrimas y sangre, el espantoso crujir de un ruinoso edificio social que se derrumba.

En el orden religioso, la duda inmensa ó la negación total en lucha con la fe que el mundo moderno, en las ansias de la muerte, invoca para la salvación de los hombres y la paz de los pueblos.

La ciencia proclamándose única salvadora, eminentemente revolucionaria, única investigadora de la verdad y distribuidora de la dicha humana.

El arte y la literatura buscando formas nuevas, que no son el drama pictórico de Greuze, ni las Musas de Pradier, ni el poema sinfónico de Berlioz, ni el canto de Víctor Hugo, ni la novela de Daudet. Los grandes artistas perdiendo el terreno que ganan los grandes metafísicos; las obras sencillas, naturales y sinceras triunfando de las obras de aparatoso estilo ó de enrevesado lenguaje, en que se refleja el alma atormentada del siglo que agoniza.

Pero ¿qué importan las imperfecciones de las obras y los vicios de los hombres? ¿Qué importan las vacilaciones y los errores individuales, si, á paso lento, pero obstinado, la humanidad siempre marcha? ¿Qué importan las corrupciones y decadencias de arriba, si de abajo surgen sin cesar, como inagotables manantiales de vida, nuevas y sanas generaciones? El gran problema consiste en utilizar estos elementos para el bien común.

La civilización es el crisol mágico en que lo bueno, para depurarse, se mezcla con todo lo malo, y hasta la depuración final no caen al fondo las escorias.

Es inútil empeñarse en que el bien triunfe todos los días. Con frecuencia se necesitan muchos años para que de una turbia fermentación se desprenda una verdad clara y triunfante.

Del escepticismo, del descreimiento, de la total negación de hoy, quizá surja mañana la ansiada fe indispensable para la paz y el amor de los hombres, y que el siglo que empieza recibirá tal vez en herencia del siglo que acaba en medio de la más gloriosa de las apoteosis.

JUAN B. ENSEÑAT

EL ESCULTOR AUGUSTO RODIN

El Ayuntamiento de París ha autorizado al eminente escultor Rodin para instalar en el recinto de la Exposición Universal de 1900 un pabellón en donde pueda exponer sus obras: esta distinción especial, que constituye la mejor consagración de los excepcionales méritos de tan ilustre artista, permitirá á los admiradores de éste contemplar su obra reunida por él, á su antojo y con entera independencia, y á los que no conocen la mayor parte de sus trabajos satisfacer una curiosidad provocada tanto por los entusiasmos de los unos cuanto por las críticas acerbas de los otros.

Pocos artistas han sido tan discutidos como Rodin: proclámanle unos el más grande escultor del siglo, comparándolo con Miguel Ángel y afirmando que nadie ha sabido llevar tan lejos la expresión de la vida

en las formas ni fijar la pasión en gestos tan intensos y en movimientos tan audaces; otros, por el contrario, fieles al formulismo académico, esclavos de las tradiciones, se han rebelado contra ese desbordamiento de vida, han acusado al artista de brutal y llegado hasta á negarle el derecho de manejar el cincel y el desbastador, llamándole desequilibrado y sosteniendo que, ignorante aún de los rudimentos de su arte, disimulaba su ignorancia por medio de las más extravagantes pretensiones.

Mas cuando se estudia á fondo la obra de ese admirable maestro, no sorprenden estos juicios apasionados, casi feroces, de los detractores de Rodin, porque la labor de éste rompe con sobrada osadía las ideas corrientes y los procedimientos habituales; porque es la expresión demasiado intensa y libre de un temperamento; porque, en suma, es demasiado nueva y demasiado sincera para no despertar las iras de sus detractores.

Pretenden algunos que la obra de Rodin es incomprendible para el público en general; pero no es aventurado afirmar que los que no la comprenden es porque no quieren despojarse de los prejuicios, de los convencionalismos adquiridos por una educación viciosa. En efecto, esa obra en nada se parece á las de los demás: no es seca y árida, no es la copia detallada y minuciosa del modelo, no es el resultado del esfuerzo de análisis, sino que es enérgica, viva, expresión de grandes síntesis, tiene cerebro, corazón, nervios que vibran, carne que palpita, que se estremece, que sufre.

Rodin es revolucionario en su arte; pero lo es, no en virtud de razonamientos ni de principios personales, sino porque salvando los límites artificiales de las escuelas, olvidando los prototipos de la belleza académica, ha contemplado con candor, con respeto, la naturaleza, que no presenta tales restricciones, y ha buscado su inspiración en los tesoros infinitos que ella magnánimamente ofrece á quienes saben sentirla. Mas no se crea que Rodin desdeña las grandes tradiciones de la escultura; el mismo

hecho de haber sido justamente comparado con Miguel Ángel demuestra que sabe respetarlas en lo que tienen de grandioso y sublime.

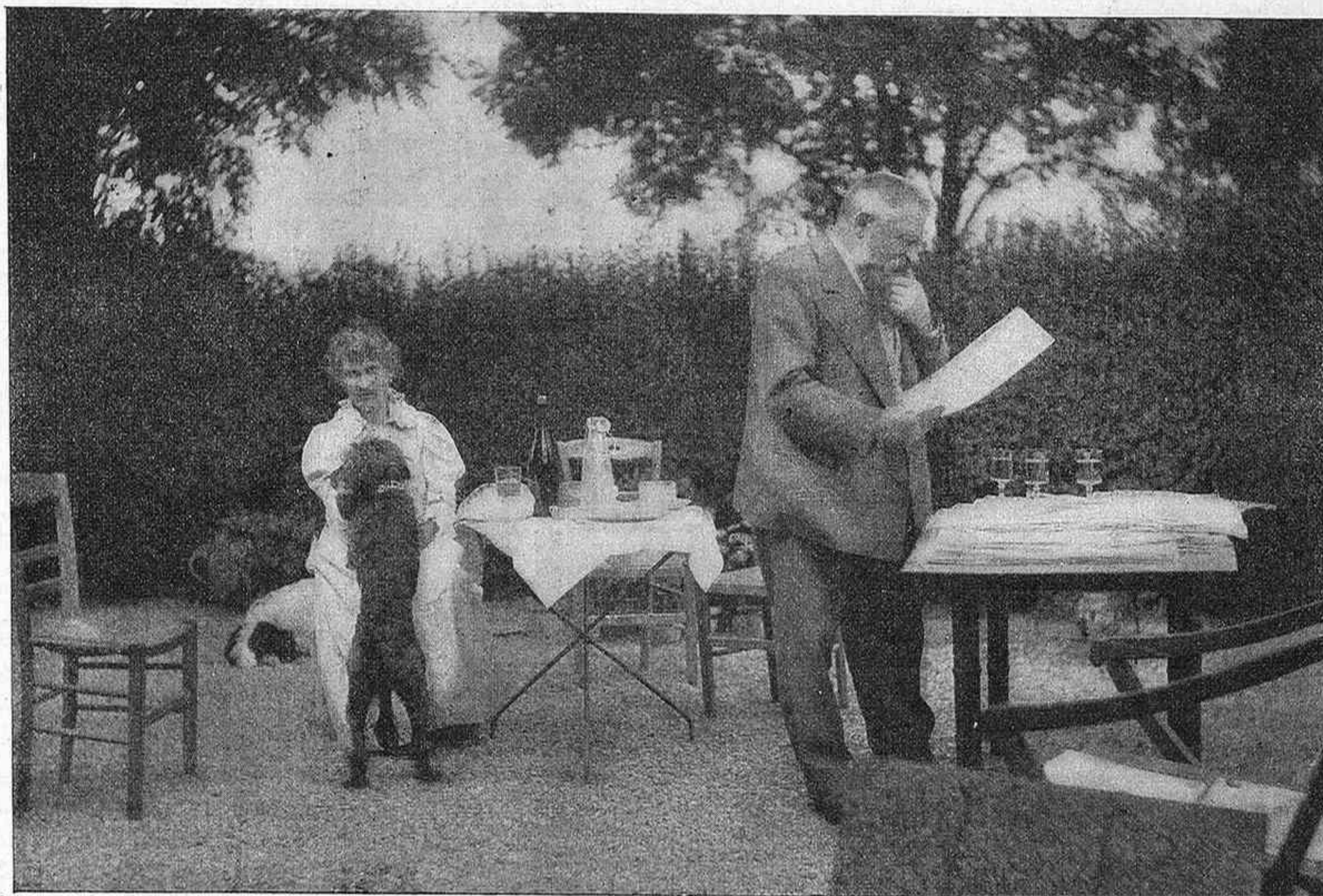
No podemos hacer una crítica detallada de sus

que publicamos en la primera página de este número; el grupo de *Los ciudadanos de Calais*, uno de cuyos fragmentos reproducimos en esta página; *San Juan Bautista*, la llamada *Puerta del infierno*, la *Danaide*, *El beso*, la *Quimera*, *El rapto*, *La Primavera*, *Eva*, los monumentos de *Claudio Lorrain* y de *Victor Hugo*, y los bustos de Dalou, de Legros y de Juan P. Laurens, que junto con otros dos fragmentos de *Los ciudadanos de Calais* y de la citada puerta se reprodujeron en el número 405 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En todas ellas se admiran las cualidades que dejamos apuntadas y que han conquistado para su autor uno de los primeros puestos en el mundo del arte contemporáneo.

Augusto Rodin es de mediana estatura, de cuerpo recio y temperamento sólido; su aspecto es á la vez rudo y bondadoso, la mirada de sus azules ojos es suave y su voz acariciadora aníma-

se y se vuelve ardiente, vibrante, cuando de su arte habla. En él se adivina desde luego al trabajador infatigable que en el trabajo encuentra sus únicos placeres: treinta años de esfuerzos y de lucha no han menguado su vigor, al contrario. Precisa oírle hablar de la naturaleza para saber hasta qué punto la ama; cuando pronuncia ese nombre, se conmueve, se humilla y se confiesa esclavo de esa fuerza, que, sin embargo, tantas veces ha logrado dominar. «¡La naturaleza!, exclama con entusiasmo. La naturaleza es siempre bella; no es fea nunca. Los hombres son los que la afean, porque para interpretarla la deforman. La naturaleza jamás es fea: puede parecerlo porque nos hemos formado de la belleza una idea falsa, convencional, conforme á las necesidades de nuestros hábitos, de nuestras costumbres, de nuestra civilización. Sí; un hombre con sombrero de copa, levita y pantalones, y una mujer que se comprime, que se deforma el cuerpo con trajes ilógicos y ridículos, son feos porque no son la naturaleza; pero un cuerpo desnudo nunca es feo, cualquiera que sean sus defectos. Y la naturaleza lo contiene todo: no es necesario tener imaginación para ser un gran artista; basta mirar la naturaleza: en ella nada choca, todo son medias tintas en las cuales juega la luz amorosamente. Pero estas medias tintas hay que fijarlas con vigor, con intensidad, con violencia, por decirlo así, pero al mismo tiempo con dulzura. De este modo se llega á la expresión. Sorprender el gesto especial en que mejor se revelan los caracteres de una forma, conseguir fijarlo traduciendo no sólo sus movimientos externos, sus manifestaciones visibles, sino que también la palpitación del sentimiento ó de la sensación en que tal gesto ha germinado, esto y nada más que esto, es la escultura.»

Tal es el concepto que de su arte tiene el eminente escultor, tales son las doctrinas estéticas en que están inspiradas sus creaciones: uno y otras explican la vida que sus figuras respiran y la emoción intensísima que despiertan. — A.



EL ESCULTOR AUGUSTO RODIN EN SU QUINTA



FRAGMENTO DEL GRUPO *Los ciudadanos de Calais*, obra de RODIN





Durante largo rato no pudieron apartar sus ojos de aquel bebé

LAS APARIENCIAS

Era un hermoso domingo de febrero: un sol casi caliente de mediodía enviaba sus rayos oblicuos sobre el muelle de Orsay, iluminando con su alegre luz primaveral una parte de la avenida y dejando el resto en la sombra. Los árboles negros, desnudos de hojas, con sus menudas ramas, parecían teñirse de un ligero color verde como si la savia se pusiera bruscamente á hervir en las fibras de la madera, pronta á surgir en forma de brotes relucientes y de frescas hojas. El Sena, á fuerza de contemplar el cielo, aparecía azul y su superficie centelleaba cual si estuviera cubierta de escamas de plata. La orilla derecha, acariciada por aquel sol mágico, mostrábase alegre con sus blancas fachadas, cuyas ventanas brillaban como diamantes de colosal tamaño.

— ¡Qué bella es la vida!, exclamó Jacobo oprimiendo el brazo de su joven esposa.

Esta inclinó la cabeza hacia él, sonrióse tiernamente y una emoción de alegría tiñó de carmín su rostro, que apenas resguardaba un velillo blanco.

Ambos seguían á lo ancho del muelle la faja luminosa, caminando á pasos cortos, ella apoyada en él con ese abandono confiado de todo su ser que algunas veces manifiestan las mujeres, dichosas sin saber por qué, como agradecidas de sentirse amadas. Lanzaban en torno suyo miradas distraídas; todo lo que veían les encantaba, todo les divertía: un perrillo negro que iba en pos de un tranvía, un conductor colérico que gesticulaba en el imperial de su ómnibus, el delicioso panorama de la orilla derecha, las parejas y las familias con quienes se cruzaban, y que se paseaban como ellos, aunque silenciosas, con los brazos colgantes y molestadas por sus trajes domingueros.

A la vista de un ridículo bebé, vestido con un abrigo rosa con franja de plumas y con un voluminoso sombrero verde con penacho, que entre montones de arena é inclinado sobre un cubo vuelto al revés golpeábalo frenéticamente con una pala de madera, los Donnadiou sonriéronse silenciosamente y durante largo rato no pudieron apartar sus ojos de aquel paquete de telas y carne mofletuda que prorrumpía en gritos inarticulados, expresión de una alegría sin límites.

— ¡Qué lindo!, exclamó Rosa.

Entonces fué Santiago quien la miró y sonrióse, y ella se ruborizó bajo su velillo blanco, y confusa, con ternura maliciosa que sus ojos delataban, murmuró:

— Le llamaremos Santiago.

Y siguieron andando entre los demás paseantes que miraban con envidia aquella pareja joven y elegante. Realmente Santiago era un apuesto mozo y llevaba aiosamente su chaqué negro, su sombrero de copa, su pantalón gris con el pliegue recto que mantenía cuidadosamente, por un vago respeto á la moda, y del cual se mostraba orgulloso. En cuanto á ella, estaba encantadora con su traje azul oscuro, con su cuello de piel de nutria y su sombrerito de color de turquesa que se apoyaba graciosamente sobre su cabecita rubia.

— Y cuando tendrá quince años, pediré mi jubilación como jefe de negociado.

Empleado en el Ministerio de la Marina, contaba con la protección de una de sus primas, sobrina de un célebre diputado de la izquierda, que por su oposición sistemática habíase hecho temible á los gobiernos y era por tanto omnipotente. Gracias á esto, esperaba Santiago dejar atrás muy pronto á la mayoría

de sus compañeros de oficina, lo cual había de justificarse, además, según él, por su talento. Porque ha de saberse que había emborronado con cierta gracia algunas caricaturas, y hasta una de ellas debía ser publicada en *La Risa*.

— Sólo nos falta, añadió con acento de convicción, algún dinerillo más.

— ¡Bah!, repuso Rosa, con tus tres mil francos de sueldo y con los doscientos francos mensuales de mi dote podemos ir tirando.

— Sí, dijo Santiago después de reflexionar un momento; y además tenemos en perspectiva la herencia del tío Jorge.

— ¡Oh!, exclamó Rosa indignada.

— ¡No se morirá por esto! Y de todos modos, siempre es un pensamiento agradable esto de poder decir que un día ú otro, tarde ó temprano, lo más tarde posible, por supuesto, nos han de caer del cielo quince mil libras de renta, ¿no es verdad?

Rosa asintió á lo que su marido decía.

Acababan de atravesar la explanada de los Inválidos: ante ellos extendíase el muelle, y el Trocadero á lo lejos ostentaba sus torres luminosas que se destacaban sobre el azul del cielo.

De pronto exclamó Santiago:

— ¡Es repugnante! ¡Mira!

Un carruaje salía con gran estrépito de la puerta cochera de una magnífica casa: dos soberbios caballos blancos, elegantemente enjaezados, haciendo balancear la reluciente

lanza, dieron la vuelta graciosamente, tascando el freno y pisando fuerte. Rosa admiró los hermosos ramos de violetas de Parma que á modo de pompones adornaban las orejas de aquellos animales; el cochero y el lacayo, grueso el uno como una calabaza, flaco como un espárrago el otro, con sus sombreros con escarapelas y sus cuerpos rígidos aprisionados en su librea verde, diéronle ganas de reír. Pero al ver pasar el cupé con sus escudos en las portezuelas y sus lípidos cristales, sintió cierta envidia y en su memoria quedó grabado el recuerdo del perfil de una mujer muy joven y muy linda, de cabello dorado y sedoso como el suyo que asomaba por debajo de una toca de color de turquesa.

— ¡En verdad que hay personas demasiado ricas!, dijo Jorge dando un suspiro.

Y ambos vieron desaparecer, pensativos y melancólicos, el lindo carruaje. Sin embargo, apoyada sobre el acolchado respaldo, Mme. Allain dejaba vagar su triste mirada al través de los cristales de su cupé. ¿Cómo se encontraba allí en traje de visita, vestida, peinada, respirando y reflexionando como si nada hubiera pasado del drama íntimo que la trastornaba? ¿Cómo podía, después del espantoso descubrimiento, encontrarse allí realizando los pequeños actos maquinales de la vida? El increíble acontecimiento de aquella mañana pasaba y repasaba ante sus ojos como un perpetuo relámpago, y con el corazón desgarrado, pálidos los labios, reprimiendo los sollozos que se precipitaban por su garganta, revivía aquel minuto terrible.

¿Era posible? ¡Después de tres años de matrimonio, tres años de existencia en plena felicidad! ¡Cuando todavía ayer su marido murmuraba á su oído las mismas dulces palabras! ¡Ah, qué miserable!, ¡qué infame! ¡Engañarla de aquel modo! ¡Mentir tan innoblemente!.. ¡Y decir que hubiera podido no advertirlo nunca, continuar siendo víctima de aquella denigrante comedia, á no haber sido por una casualidad! ¡La más sencilla, la más natural de las casualidades! Y ahora su vida estaba quebrantada para siempre. Porque, al fin y al cabo, si no hubiese entrado casualmente y por vez primera, después de tres años, en el despacho de su marido, no le habría visto levantarse como un culpable y echar rápidamente su chupón sobre un paquete de cartas; no le habría ella arrebatado las cartas aquellas, no habría leído, laténdole las sienas y con los ojos empa-



¡En verdad que hay personas demasiado ricas!, dijo Jorge dando un suspiro

pados de lágrimas, aquellas líneas odiosas que hicieron estallar bruscamente la bellaquería del miserable y su propia é irremediable desdicha.

Mme. Allain miraba sin verla la doble decoración que se desplegaba rápi-

damente á su derecha y á su izquierda al través de los cristales del cupé. La pesada mole del Trocadero y sus esbeltas torres, iluminadas por el sol, recortábanse sobre el azul ligeramente brumoso del cielo que manchaban algunas tenues nubespléndidamente. El Sena brillaba espléndidamente.

¿Qué iba á ser de ella ahora? El infame lo había confesado todo con verdadera crueldad, sin una vacilación, sin un remordimiento. ¡Traicionada, y por la estúpida de Alina! ¡Alina! ¿Quién lo hubiera creído? Madame Allain, al recordar á su ex amiga, estremeciéndose como si hubiese sentido azotado su rostro por un latigazo. ¡Una mujer tan fea, tan vieja y tan gruesa! ¡Qué asco! Y pensando en la destrucción de su felicidad, de su pasado, de su presente y de su porvenir, echada la cabeza sobre el rincón de su coche que arrastraba el trote ligero y regular de sus caballos blancos, y oprimiendo su boca con el pañuelo, prorrumpió en sollozos de grande angustia que recorrían todo su cuerpo.

Dos horas después, horas que fueron para ella de desesperación sin límites y de confusos ensueños, el cupé de Mme. Allain atravesaba de nuevo el puente. Inclínada sobre la portezuela, aquella infeliz dirigió una rápida mirada al cielo, que el sol poniente llenaba de tintas rojas, sobre el amarillento Sena y sobre el Trocadero, envuelto ya en la niebla. A su lado, por la acera, pasaban un hombre y una mujer

cogidos del brazo. ¿Dos recién casados sin duda? Ella sonreía: cubría su esbelto cuerpo un traje azul obscuro, un cuello de piel de nutria caía sobre su talle y por debajo de un sombrero azul turquesa

EL INCONSTANTE

Los últimos rayos del pálido sol de diciembre apagábanse á través de las verjas doradas del Parque Monceau. Alfredo estaba solo en su gabinete, contemplando con éxtasis el retrato de una mujer hermosa, que había sacado de su cartera. Entre la tenue luz crepuscular que se filtraba por los vidrios de colores del balcón florido, flotaba un finísimo y embriagador perfume, y diríase que reflejos y aromas cambiaban entre sí, en la misteriosa penumbra, un ligero beso imperceptible.

De pronto, Alfredo oyó una voz amiga y guardó apresuradamente el retrato.

— ¡Alfredo!
— ¡Enrique!

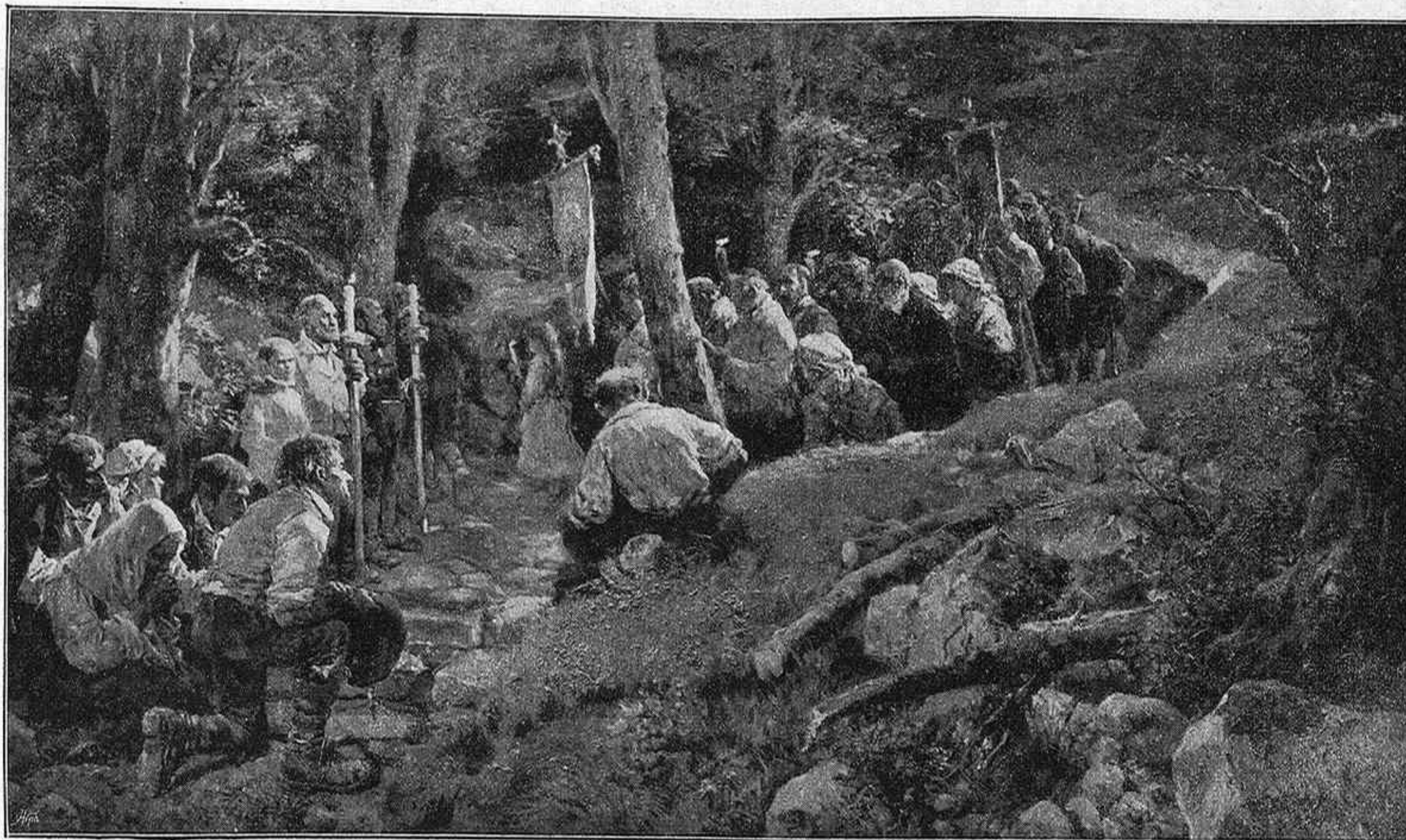
Al eco de estos dos nombres, á los que acompañó un abrazo estrechísimo, despertóse antigua y dormida amistad.

— Pero ¿qué es esto, Enrique? ¡Un año sin verte! ¡Ya empezaba á creer que te habías muerto!

— ¡Soy un mal amigo! ¡Tienes razón! ¡Llámame cuanto quieras! ¡Lo merezco todo! Durante este año hemos estado sin vernos, he sido el más feliz de los hombres, ¡y no hay mayor egoísmo que el de un hombre feliz! Mas, perdóname; he vivido en otro planeta, en el planeta de la suprema dicha, de esa dicha que borra la memoria y enloquece.

— ¡Vamos, en el amor de una mujer!

— ¡Sí! ¡Y acabo de perderla! ¡Hasta hoy he estado



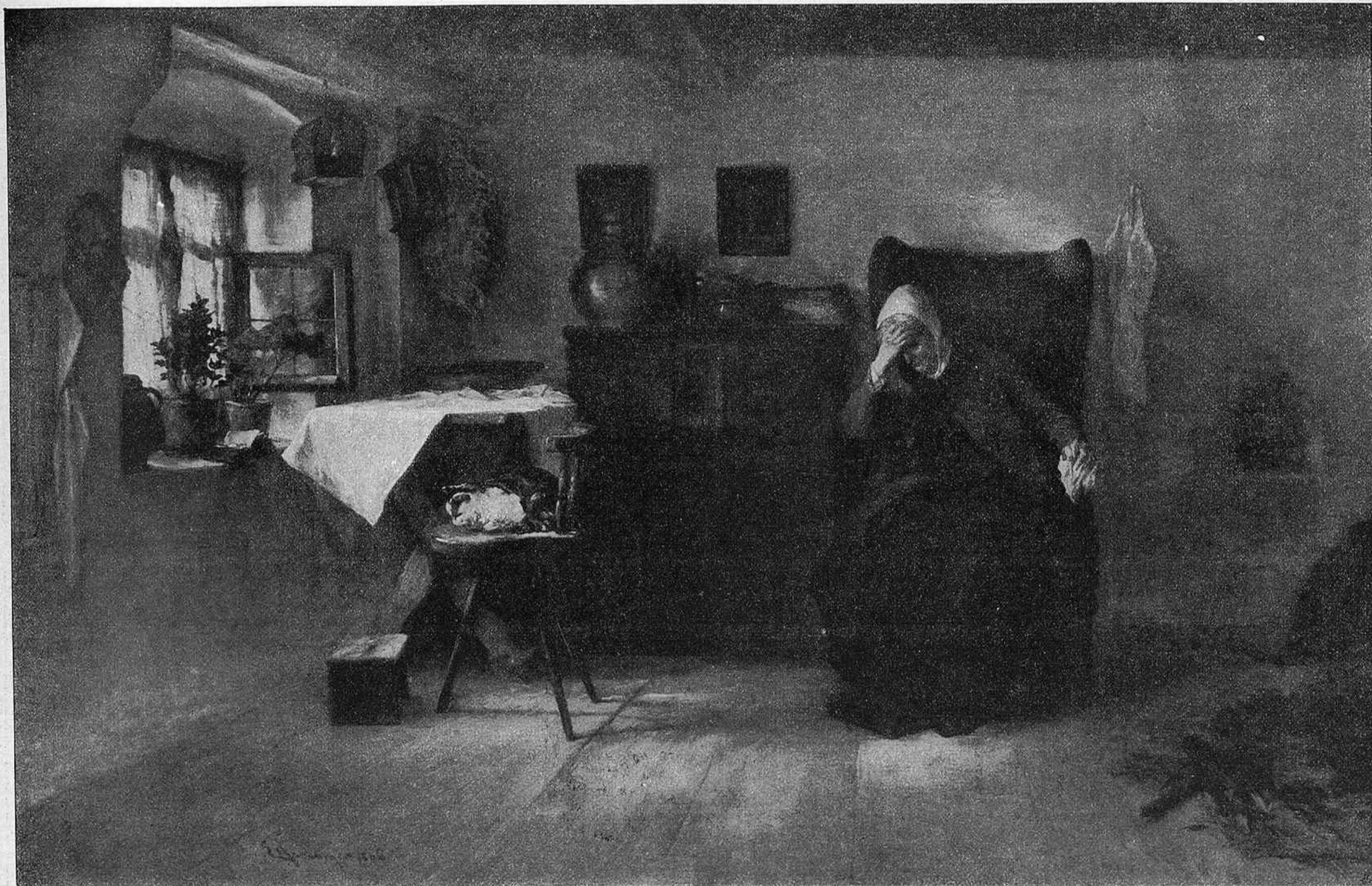
UNA PROCESIÓN EN EL BOSQUE, cuadro de Antonio Lónza (Exposición de Bellas Artes de Munich, 1899)

asomaba una dorada cabellera. Mme. Allain ocultóse en el fondo del coche. Los caballos blancos, con sus ramos de violetas en las orejas, desfilaban con acompasado ruido de zuecos y los cuellos orgullosamente erguidos, sobre los cuales relucían hebillas y correas. El lujoso cupé desapareció.

Los Donnadiou se contemplaron y Rosa exclamó suspirando amargamente:

— ¡Es verdad que hay personas demasiado dichosas!

PABLO Y VÍCTOR MARGUERITE



HORAS TRISTES, cuadro de E. Harburger

loco de felicidad! ¡Ahora estoy loco de dolor!
Y el recién llegado continuó entre sollozos:

— ¡He perdido á Diana! ¡Tú no has conocido á esa hermosura egipcia, con sonrisas de hurí y miradas de sirena, que me ha abandonado! ¡Ah, si tú hubieras visto sus pupilas de mágico imán y aquel alabastrino cuello que á veces temblaba al sentir el beso furtivo de su cabellera negra y flotante! ¡Ya nada de eso es mío! ¡Quiero morir! ¡No tengo fuerzas para seguir vi- viendo!

Y la voz de Enrique era amarga y profunda; era la voz terrible y sombría de los grandes in- fortunios.

— ¡Cálmate, pobre ami- go!, exclamó Alfredo.

Y repitió, con más com- pasión que sorpresa:

— ¡Cálmate, yo curaré tu herida!

— ¿Curar mi herida?

¡Eso es imposible!.. ¡Yo muero de este golpe!

contestó Enrique. Cuan- do ayer nos separamos la vi más enamorada que nunca, su hermosa te- nía un encanto incomparable...

¡jamás me había pa- recido tan bella! Al entrar hoy en casa, llamándola á gritos, como todos los días, no tuve más respuesta que la del eco de mis voces... Veló mis ideas un presentimiento fatal, pero alentábame la esperanza...

Me hacía la ilusión de que iba á surgir ante mis ojos su graciosa y esbelta figura, detrás de cada puerta... ¡Ay! ¡Después de haber recorrido la casa entera, medí el fondo de mi desdicha!.. ¡Ya no me quedaba nada de aquella mujer, más que el recuer- do!.. Sobre el mármol de la chimenea vi un lazo de seda de color de rosa, un guante desgarrado y una flor mustia... Me precipité á besarlos, los besé mil veces, y rompiendo á llorar como un niño, los empa- pé en mis lágrimas... Lo que no puedo creer es que mientras yo me agito en esta agonía, Diana esté dan- do á otro la inmensa dicha de su amor, la suprema

ventura de sus caricias... ¡Ah, eso no! ¡No lo creo, no lo creo!

— ¡Pobre amigo Enrique!, dijo Alfredo con calma. Ya es hora de que domines tu dolor. Sí, Enrique,

original é inequívoco de las bellezas del Danubio... ¿Es esa la virtud que tú practicas? ¡Niégame que sa- lía de tu casa!

— ¿Que he de negártelo? Aplaca tu emoción, es- cúchame tranquilo, si puedes; oye las palabras de un hombre virtuoso.

— ¡Habla, pues!, mur- muró Enrique, estupefac- to, mirando á su amigo.

— He cambiado mu- cho desde que dejamos de vernos, dijo Alfredo reposadamente. Yo era entonces todavía como eres tú ahora, un senti- mental, un romántico. ¿Te acuerdas de Susana? ¿Te acuerdas que hace dos años, á mi regreso de Niza, donde misterio- samente desapareció de mi lado, estuve para morirme de pena?

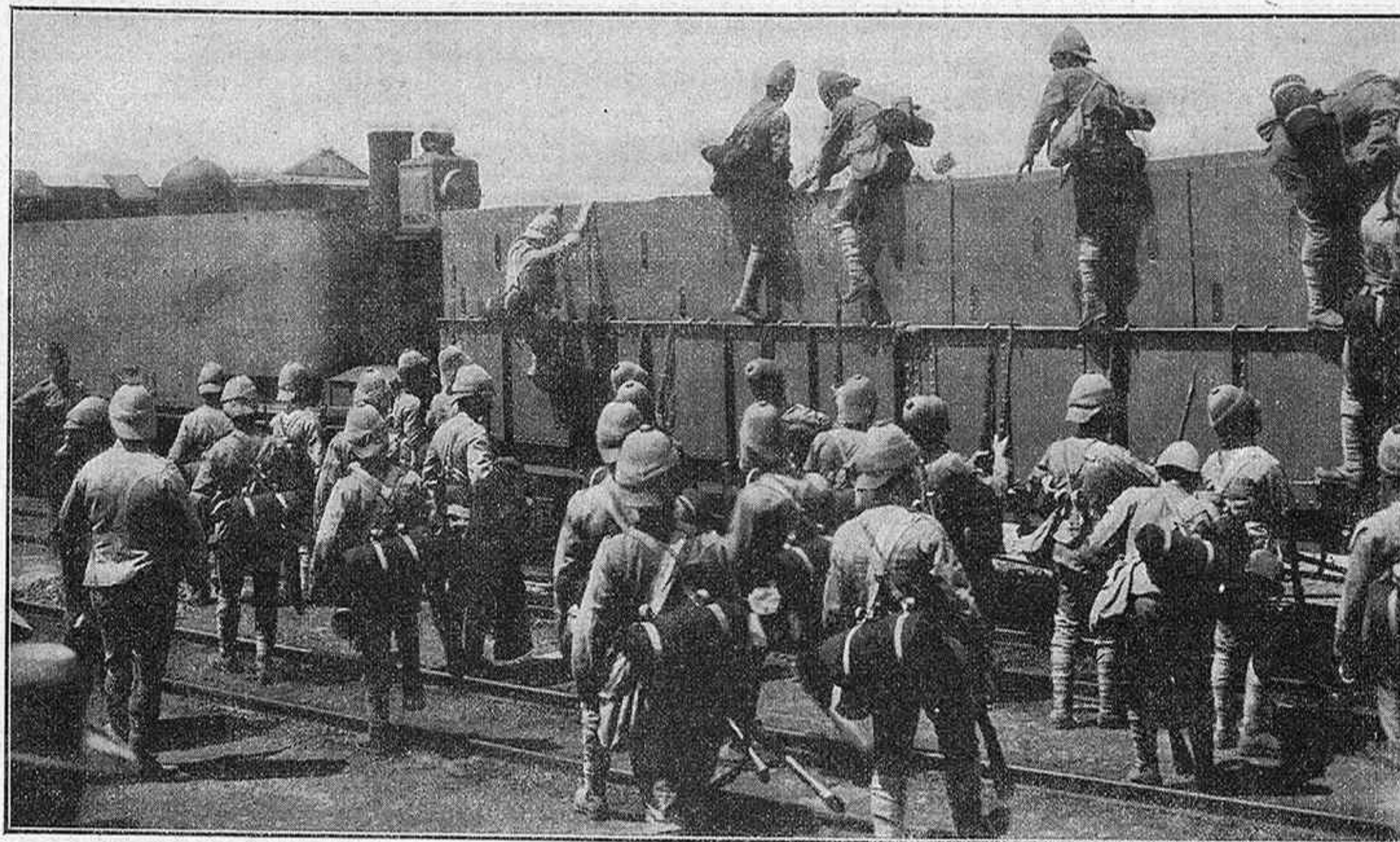
— ¿No me he de acor- dar de Susana? ¡Aún me parece que la veo! ¡Estú- viste seis meses llorándola, y empezamos á creer que perdías el juicio!

— ¡Pues bien, ya soy otro! Yo era un vicioso, un corrompido... Mas una idea salvadora me

iluminó, y me propuse redimir, gracias á una nueva vida de abnegación, las faltas de un pasado abomi- nable. Al dar su vuelta ese sol que llaman la Dicha, has visto brillar tu felicidad en la forma de una mu- jer que has amado, y cuando gira el disco de ese as- tro maravilloso te desesperas porque no puedes de- tenerlo y maldices de tu destino... Quisieras clavar la rueda de la Fortuna, sin pensar en que otros aguardan con ansia febril que pase á su lado...

— ¡Cómo! ¿Y tú te resignas á eso?, le interrumpió indignado Enrique. No me propongas, pues no la creo en ti, semejante cobardía. ¿Me pides que acep- te con calma la idea de que se halle en brazos de otro hombre la mujer que adoro? ¡Eres cruel! ¿Quién ve cruzar ese cuadro por su mente sin que la espada se le venga á la mano?

— No es eso lo que te pido. Lloro, si quieres, el



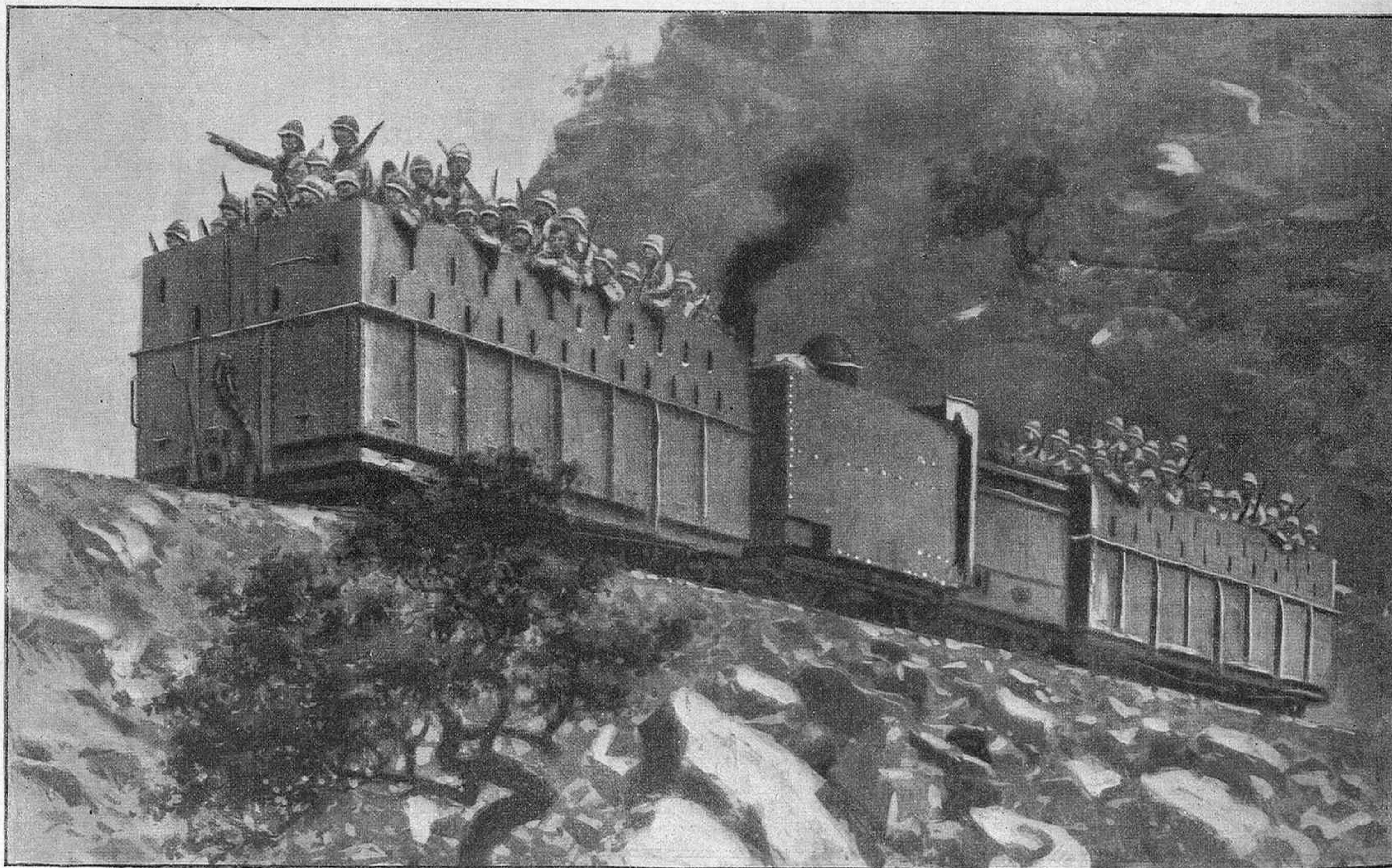
GUERRA ANGLO-BOER. — TROPAS INGLASAS SUBIENDO Á UN TREN BLINDADO EN ESTCOURT (de fotografía)

no te quepa duda: mientras tú te agitas en el abismo de tu desesperación, Diana está dando á otro la di- cha inmensa de su amor, la ventura suprema de sus caricias. ¡Siempre que uno pierde una mujer hermo- sa, es precisamente porque otro la ha encontrado!

— ¡Alfredo, no me asesines!

— Nada de eso; es que quiero cerrar tu herida para siempre; quiero que entres por la senda de la virtud; si no, para tí no hay salvación.

— ¿De la virtud? ¿Qué es lo que me dices? ¿Inten- tarás hacerme creer que has renunciado á los em- briagadores arrebatos de la más viva y más ardiente de las pasiones humanas? Si tal pretendes, tu esfuer- zo es inútil; apenas hace un instante, al ir á llamar á tu puerta, he visto salir de aquí á una mujer de peregrino rostro, de ojos grandes y rasgados, de pu- pilas *zebreadas* y de cabello rubio sombrío, el tipo



GUERRA ANGLO-BOER. — SALIDA DE UN TREN BLINDADO DE LADYSMITH

desdén de la que por otro te abandona; el llanto de amor suele ser fecundo en consuelos. Lo que quiero es que la olvides. Lo que quiero es que salgas de ese tormento. ¿Que dirías de uno que se desesperase porque el viento de otoño se lleva una hoja del árbol ó porque, al brillar la aurora, se disipa una estrella? Loco como él estás tú; pero loco de soberbia, el más abominable de los pecados. No creas que esa mujer, al abandonarte, amaba más que á ti al hombre á quien hoy da la dicha... Acaso no ha hecho más que obedecer á un influjo misterioso é incontrastable, ó á una ley natural de transformación y de mudanza... Por ventura, tú mismo ¿has creído que iba á ser eterna tu felicidad? Esas adorables mensajeras de alegrías y goces que, al pasar, nos hechizan y que, al desaparecer cautelosas, nos dejan un destello de dorada luz en el alma, llegan y huyen de improviso, como rizo de espuma que sobre las ondas azules brota al halago de la brisa marina. Todas esas ráfagas de gloria duran poco, y en cuanto se van hay que bendecirlas... ¡y olvidarlas! No hay hombre que no sepa que son pasajeras y fugaces... Pero unos, hipócritas, fingen ignorarlo; soberbios otros, aparentan no creerlo, y cobardes casi todos, ni aun á pensarlo se atreven, porque les hace temblar la idea de perderlas... ¡Esa sí que es cobardía!

— ¡Alfredo, por Dios, dices cosas que sublevan!

— ¡No, no hay que desesperarse porque el rayo de sol que se filtró por nuestra ventana no se deje apresar y se nos escape intangible de entre las manos! Esta plácida resignación de que yo te doy ejemplo, constituye al principio uno de esos sacrificios que el

corazón desgarran; pero después lleva en sí, como todas las virtudes, el más envidiable premio. En vez de seguir mirando con lamento estéril el rayo de sol

la misma... ¡es la hada peregrina de la Inconstancia! A esa hay que amar, y amarla á ella es amarlas á todas; pues ella, al presentárenos bajo distintas fases, es quien mantiene el amor en renovación perpetua. ¡Haz como yo! ¡Sé inconstante! Cuando una mujer me abandona, ya no la lloro, la olvido, y sólo pienso en la que va á reemplazarla, aunque no la conozca todavía.

— ¡Adiós! ¡Volveré! ¡No te puedo oír! ¡Con tu lenguaje me exasperas!

Alfredo, al verse solo, sacó otra vez la fotografía que había guardado y se puso á mirarla con verdadera ilusión.

Engolfado en su éxtasis, no sintió llegar de nuevo á Enrique, y éste lo sorprendió contemplando el retrato.

— ¡Chico, siento interrumpirte! ¡Te venía á pedir, antes de marcharme, el secreto para olvidarlo!

Y como Enrique, al entrar y decir esto, vió turbarse á su amigo, añadió:

— Pero ¿qué te pasa? ¿Un retrato? ¡A ver!

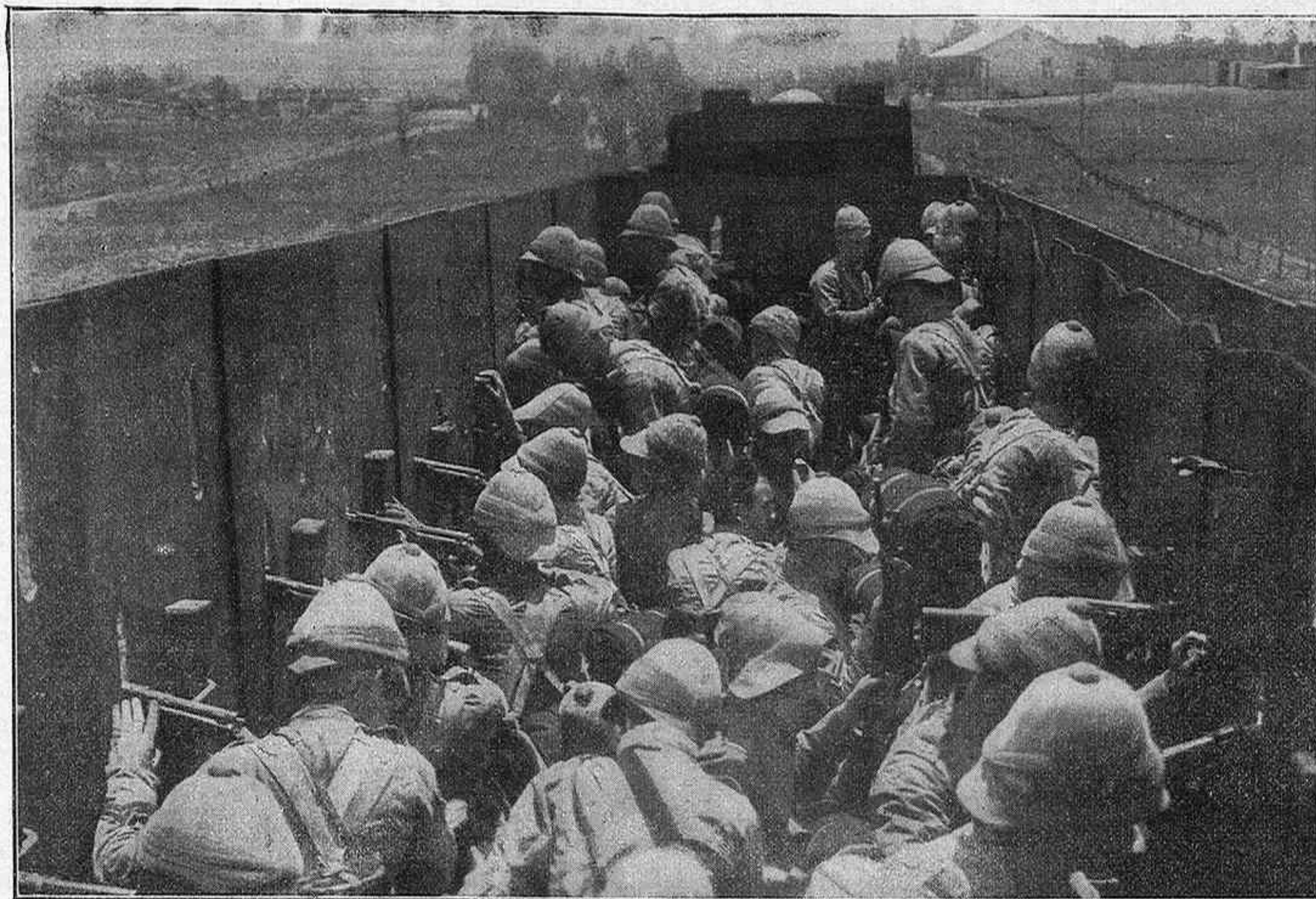
Alfredo se puso rojo de vergüenza. Era el retrato de Susana.

E. GARCÍA LADEVESE

NUESTROS GRABADOS

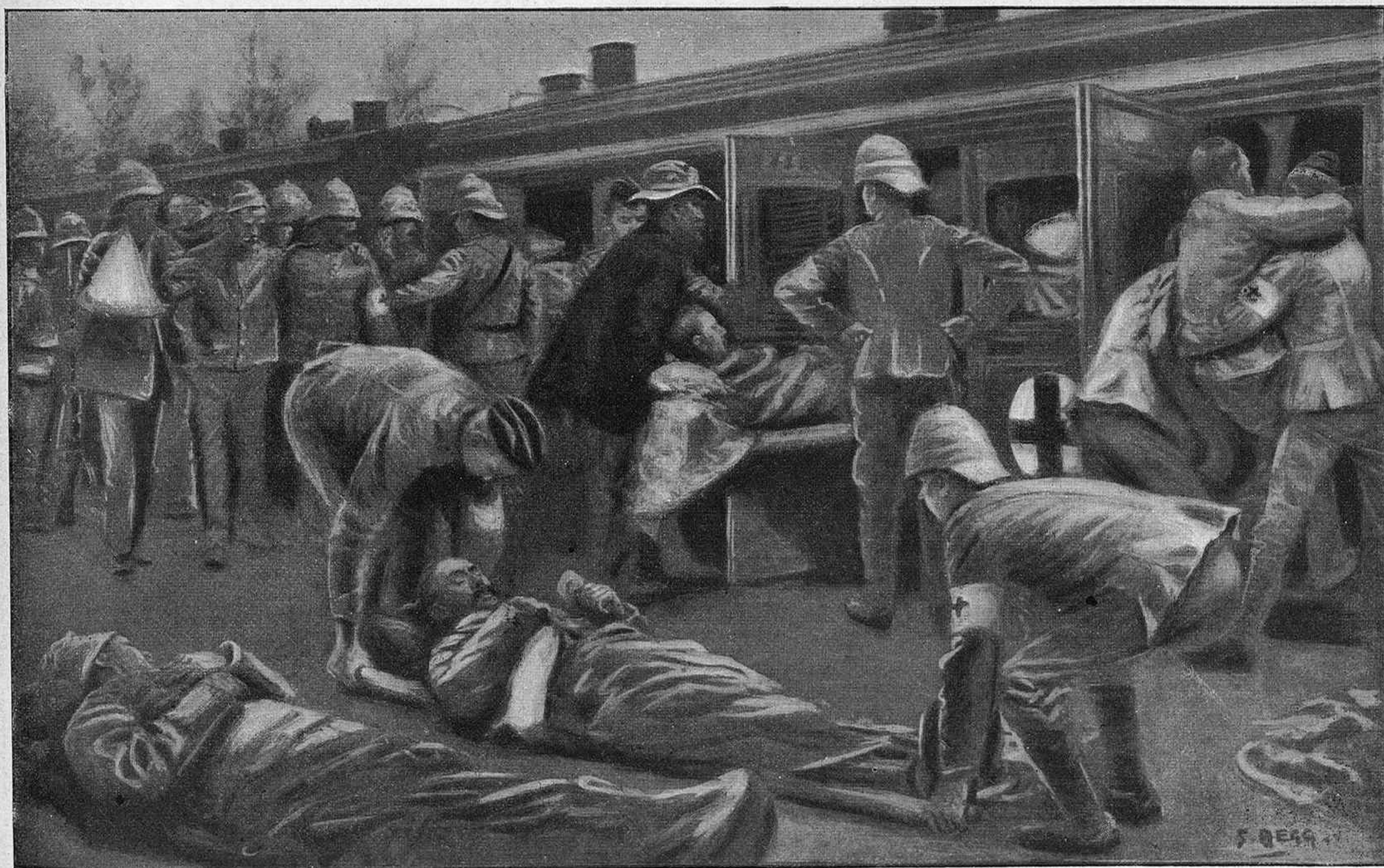
Guerra anglo-boer.—Dos nuevas derrotas importantes han venido á sumarse á las numerosas sufridas por los ingleses en lo que va de campaña: la del general Gatacre en Stormberg y la del general Wauschope, cerca de Modder River. De la importancia de la primera es prueba elocuente el parte oficial enviado al gobierno inglés por el propio general Gatacre, que dice así:

«Tengo el profundo sentimiento de notificaros que esta ma-



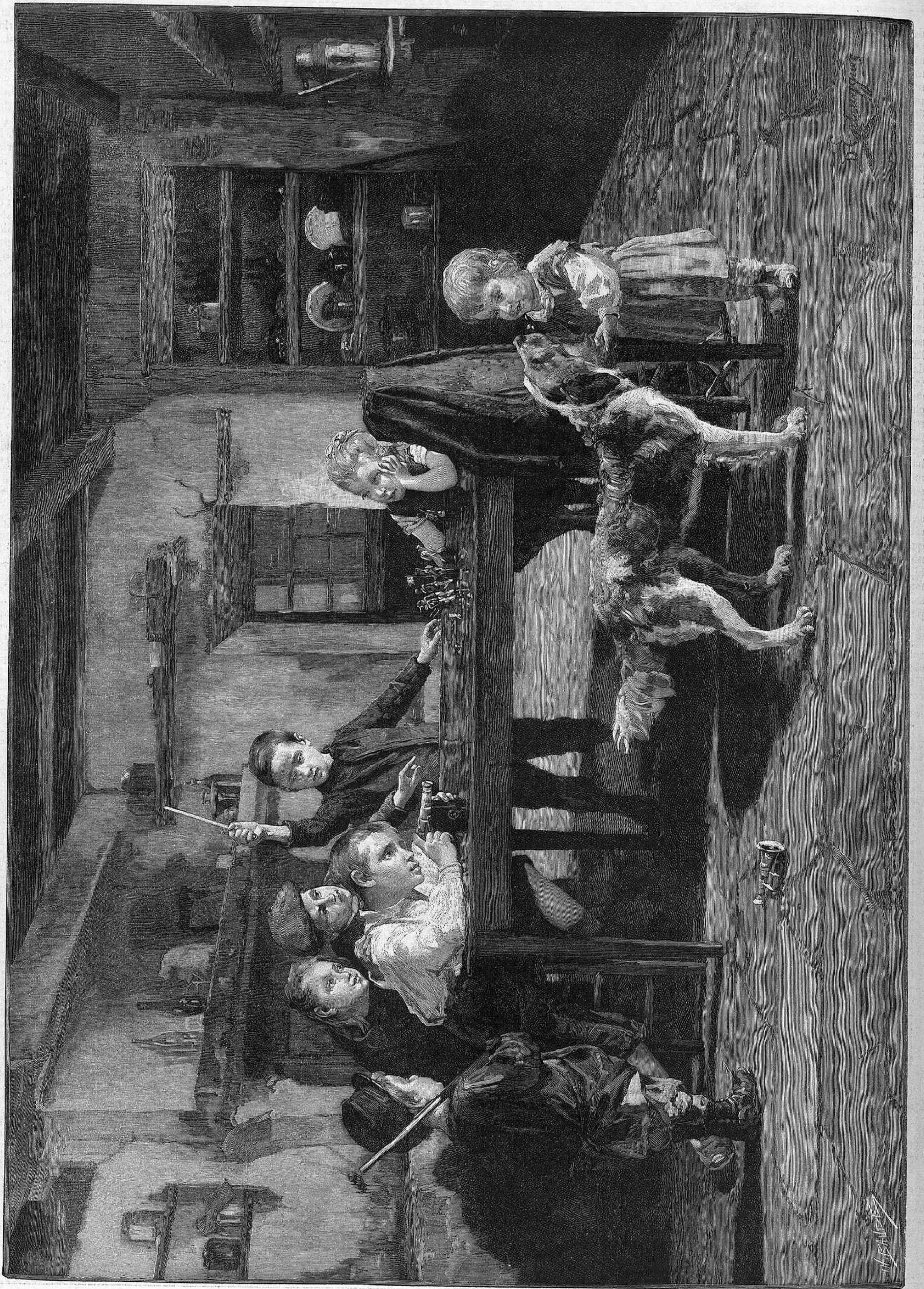
GUERRA ANGLO-BOER. — SOLDADOS INGLESES HACIENDO FUEGO DESDE UN TREN BLINDADO (de fotografía)

que huye, acostúmbrate á volver la vista hacia el rayo de sol que llega. Los colores del prisma, en sus diversos grados y variantes, son infinitos y hay un nuevo encanto en cada uno de sus destellos. En cada nueva chispa que hiera mis ojos, yo descubro siempre una deliciosa sorpresa. Observa un poco y verás que es siempre la misma hada mágica la que nos seduce, la que nos fascina. La que lloras no ha hecho más que separarse de ti un momento para volver á buscarte con otro nombre, con otra fisonomía y con otros hechizos. Juana ó Elisa, Josefina ó Gabriela, alta ó baja, morena ó rubia, de ojos negros ó de ojos azules, fijate bien en ella y verás que es



GUERRA ANGLO-BOER. — SALIDA DE UN TREN HOSPITAL DE LADYSMITH PARA PIETERMARITZBURGO





UN PEQUEÑO MOLTKE, cuadro de C. B. d'Entraygues



FIGO. LIT. ENR...
VOLUNTEGA...

UN DÚO, cuadro de C. B. d'Enraygues

C. B. d'Enraygues

ñana (día 10) he sufrido un descalabro delante de Stormberg. Mis guías me han engañado respecto de la posición del enemigo, y me he encontrado en un terreno impracticable. Nuestras pérdidas han sido: oficiales heridos, 9; desaparecidos, 9; soldados muertos, 2; heridos, 15; desaparecidos, 596.»

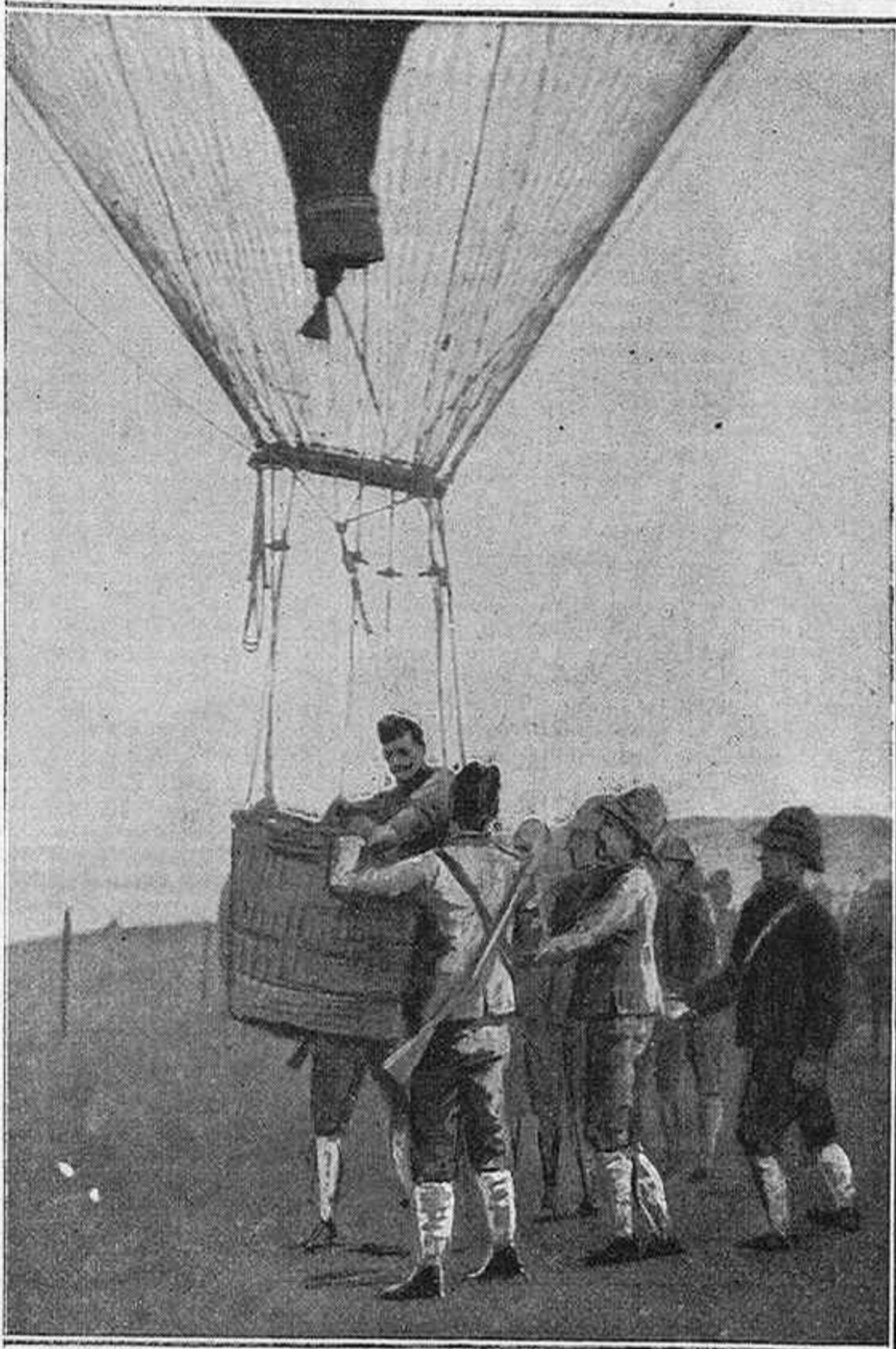
Las noticias de origen particular dan algunos detalles acerca de este combate. El general Gatacre quiso tomar por asalto la posición boer de Stormberg; pero á consecuencia de falsas indicaciones, el movimiento se intentó por el lado en que aquella posición era inexpugnable. Sorprendidos los ingleses por un terrible fuego de los boers, pusieron en orden de batalla, generalizándose muy pronto la acción, en la que tomó parte activa la artillería; mas después de alguna resistencia hubieron



GUERRA ANGLO-BOER. — El general inglés W. F. Gatacre, que mandaba la columna derrotada por los boers en Stormberg

de retirarse á Molteno, con pérdidas que algunos suponen muy superiores á las consignadas en el parte del general Gatacre.

Acerca de la otra derrota, la del general Wauschope, cuando escribimos estas líneas no se tienen todavía noticias detalladas. Sin embargo, lo que de ella se sabe permite suponer que ha sido un descalabro mayor aún que el de Stormberg. El día 11 la columna de lord Methuen destacó desde Modder River una brigada de highlanders al mando del general Wauschope, con objeto de tomar las trincheras levantadas por los boers en Magersfontain, que habían sido previamente cañoneadas por la artillería inglesa durante aquel día y la tarde del anterior. La brigada atacó aquellas posiciones, pero fué recha-



GUERRA ANGLO-BOER. — Ascensión en globo del general inglés Jorge White, que se encuentra sitiado en Ladysmith (de fotografía de G. Lynch.)

zada con terribles pérdidas, muriendo en el combate el citado general Wauschope.

Como consecuencia de estas derrotas, la situación de las fuerzas de lord Methuen, que acudían en auxilio de Kimberley, resulta comprometidísima.

Ladysmith, Kimberley y Mafeking continúan sitiadas; los sitiadores aumentan cada día sus medios de ataque y los sitiados ven cada día más debilitados sus medios de defensa. En Ladysmith han tenido que disminuirse las raciones y últimamente se ha declarado allí una epidemia de fiebre entérica. Y en cuanto á la columna del general Clery, dispuesta para socorrer aquella plaza, encuéntrase detenida en Frere.

Para contrarrestar tantas derrotas los ingleses sólo han podido poner en su activo una insignificante victoria, conseguida por una columna que salió de Ladysmith y atacó la posición boer de Lombards-Kop, destruyendo dos cañones y apoderándose de uno, causando al enemigo un muerto y dos heridos y retirándose luego otra vez á aquella ciudad.

Entretanto, sigue la sublevación de los afrikanders del Cabo, que diariamente proporcionan nuevos contingentes á los ejércitos de las dos repúblicas.

El general Joubert ha tenido que retirarse á Volkrust por hallarse enfermo de disentería, habiéndole sucedido en el mando del ejército boer y en la dirección de la guerra el general Burger; oficiosamente se dice que esta sustitución es debida á que el elemento joven transvaalense estima demasiado lentos los procedimientos del primero.

Empiezan á llegar noticias de origen boer sobre los primeros combates de la actual guerra, y por ellas se ve cómo ocultan los ingleses la verdad de los hechos: en efecto, dijeron éstos que en la acción de Ladysmith (30 de octubre) habían tenido 500 bajas, y el *Onsland*, periódico oficial de los afrikanders del Cabo, afirma que fueron 1.300.

En un teatro de San Petersburgo, en donde se celebraba una función á beneficio del comité holandés de socorro á los boers, función á la cual asistió la alta sociedad de aquella capital y que produjo la suma de 5.000 rublos, hubo de repetirse el himno boer entre muestras de grande entusiasmo de todo el público.

Una procesión en el bosque, cuadro de Antonio Lonza.— Las costumbres de las poblaciones rurales tienen en medio de su sencillez tanta poesía, que con razón se miran como fuente de inspiración inagotable. Ningún artista que lo sea por temperamento, no por oficio simplemente, podrá contemplar con indiferencia los encantadores cuadros que aquella existencia presenta sin cesar ante sus ojos. Entre estos cuadros, son de especial belleza los de carácter religioso: el descreimiento no ha inficionado todavía á aquellas gentes; sus almas no han perdido su pureza por el contacto de malsanas influencias, y cuando elevan sus preces al Todopoderoso, las oraciones que sus labios murmuran tienen todo el perfume de la fe más sincera. Por otra parte, el medio ambiente en que tales escenas se desarrollan es por demás favorable á la expresión artística: la naturaleza, en toda su magnificencia, les presta, por decirlo así, un escenario que en vano pretenden igualar la imaginación y el trabajo del hombre. Dígalo, si no, el lienzo de Lonza que reproducimos en la página 813. ¿Puede darse espectáculo más hermoso que el que ofrece esa procesión del bosque? Lo agreste del sitio, los tintes oscuros de los árboles y de las rocas, contrastan por modo admirable con aquella comitiva de fieles, hondamente sentida, que con sus estandartes y sus velas se agrupa alrededor del sacerdote, formando un conjunto sumamente pintoresco.

Horas tristes, cuadro de E. Harburger.— Pertenece este cuadro al género de las obras que pudiéramos llamar sugestivas, de esas obras que impresionan hondamente hasta el punto de transmitir al que las contempla la sensación ó el sentimiento que se propuso el autor. En efecto, mirando aquella modesta estancia envuelta en la penumbra y aquella figura en cuya actitud se revela la tristeza más honda, parece que nos sentimos por esa misma tristeza invadidos, identificándonos por completo con el asunto que ha desarrollado el artista.

Un pequeño Moltke.—Un dúo. Cuadros de C. B. d'Entraygues.— El celebrado pintor francés demuestra en estas dos obras la predilección que siente por los niños, predilección que nos explicamos perfectamente porque todo lo que con éstos se relaciona resulta siempre altamente simpático y por consiguiente propio para servir de asunto á los artistas. Las dos escenas infantiles por d'Entraygues pintadas, reúnen en grado sumo esta condición, y así la que representa al grupo de chiquillos ensayándose en maniobras militares como la que nos ofrece á esos seis monagos entretenidos con el perro, tienen un encanto indefinible, avalorado por las bellezas técnicas que atesora el cuadro y que se revelan en la corrección con que están trazadas las figuras y en la naturalidad que todas ellas respiran. Lo propio podemos decir de los lugares en que las dos escenas se desarrollan: así el interior de *Un pequeño Moltke* como el paisaje de *Un dúo* demuestran gran espíritu de observación y gran estudio del natural.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BLACKBURN.— En Blackburn (Inglaterra) se ha inaugurado una estatua de Gladstone, que es la primera que se erige en honor del eminente político inglés.

ROMA.— El gobierno italiano trata de adquirir el museo Ludovici, habiéndose puesto ya de acuerdo con el propietario del mismo, el príncipe Piombino, acerca del precio, que será 1.400.000 liras.

ODESSA.— Se ha inaugurado en Odessa el Museo Municipal de Bellas Artes, que contiene cuadros y esculturas de artistas rusos, alemanes, holandeses, franceses é italianos y una notable sección de arte japonés.

FRANCFORT DEL MAIN.— En el Museo de Industrias Artísticas de Francfort del Main se está celebrando una exposición de la historia del libro, en la cual figuran en grupos separados libros de la Edad media, del renacimiento alemán, francés é italiano y de los siglos XVIII y XIX. Hay, además, una sección especial dedicada á lo más moderno que en el arte de la librería se ha hecho en Alemania, Francia é Inglaterra.

— El Consejero de Comercio de Francfort Dr. L. Ganz ha hecho donación á la ciudad de la suma de 150.000 marcos (187.500 pesetas) para una fundación artística, cuyos intereses se aplicarán principalmente á la adquisición de esculturas á propósito para ser instaladas en sitios públicos.

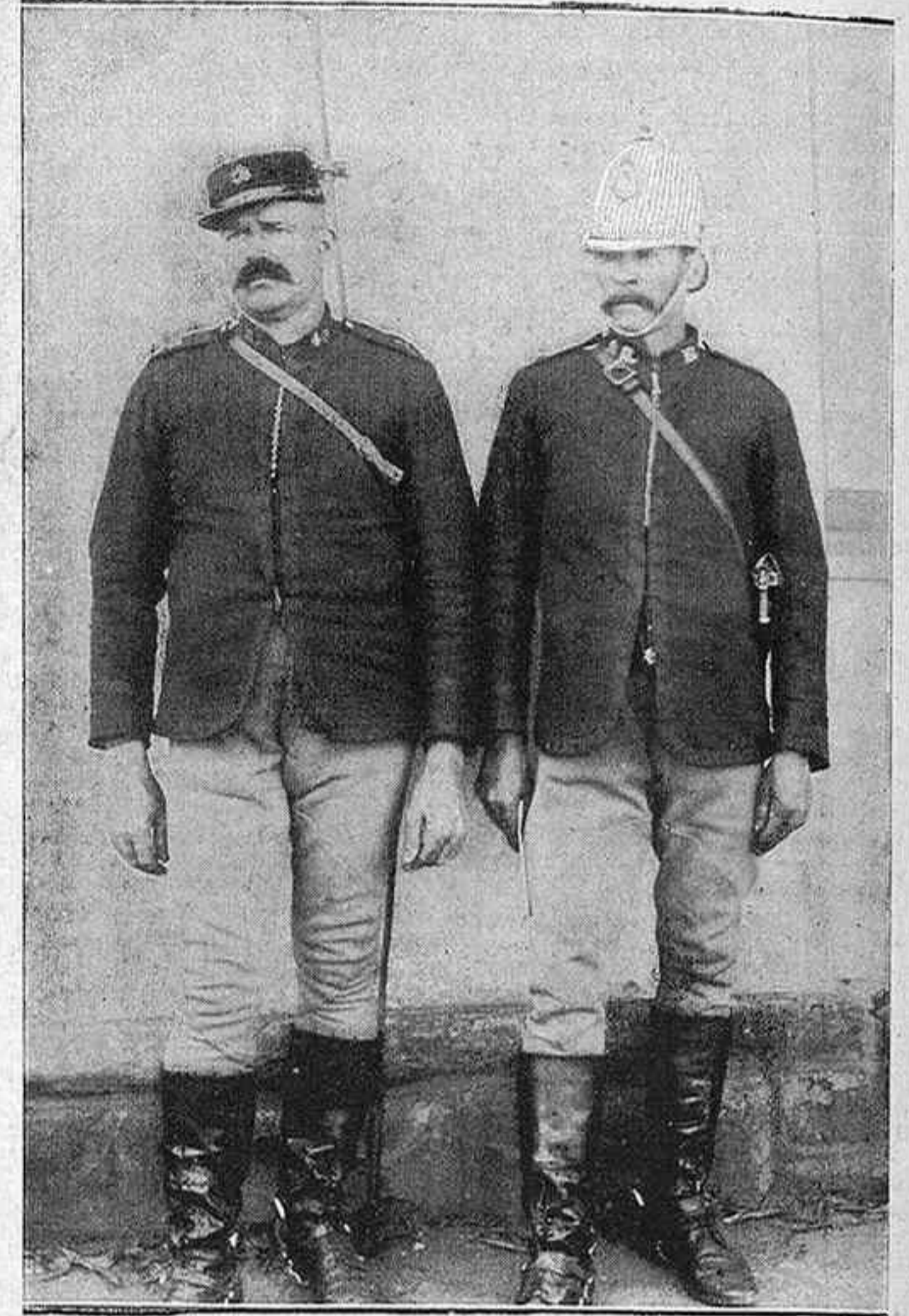
DÜREN.— Los herederos del Consejero de Comercio Leopoldo Hosh han regalado al municipio de Düren (Alemania) 250.000 marcos (312.500 pesetas) para la creación de un museo.

BERLÍN.— Los resultados de la primera exposición celebrada por los secesionistas berlineses han sido completamente satisfactorios: la venta de entradas y catálogos ha producido 50.000 marcos (62.500 pesetas), y han sido adquiridas más de la cuarta parte de las obras expuestas. Pagados todos los gastos, ha quedado un sobrante de 33.000 marcos, que ha permitido á la asociación devolver el 25 por ciento del capital que había sido puesto á su disposición para llevar á cabo su empresa.

VENECIA.— La exposición de Bellas Artes de Venecia se ha cerrado hace pocos días: el resultado financiero de la misma

ha sido brillantísimo, pues se han vendido 250 obras, casi el 30 por ciento de las expuestas, por valor de 270.000 liras. El importe de las entradas ha sido de 280.000 liras.

Teatros.— Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *Chenevour*, comedia en cuatro actos de Mauricio Soulié; en el teatro Antoine, *Les Girouettes*, comedia en dos actos de Mauricio Vaucaire, y *Père naturel*, comedia en tres actos de Ernesto Depré y Pablo Chartron; en el Vaudeville, *Le Faubourg*, comedia en cuatro actos de Abel Hermant; en el Gymnase, *Petit chagrin*, comedia en tres actos de Mauricio Vaucaire; en el Palais Royal, *Coralie et Compagnie*, comedia en tres actos de Albin Valabregue y Mauricio Hennequin; en el teatro lírico de la Renaissance, *Eros*, ópera cómica en un acto, libro de Julio Goujou y música de Federico Le Rey; y en los Bufos parisienses *Shakespeare*, opereta en tres actos de Pablo Gault y P. L. Flers y música de Gastón Serpette.



GUERRA ANGLO-BOER. — Agentes de policía boers en Johannesburgo (de fotografía)

Madrid.— Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *El Director general*, comedia en tres actos de Bisson, arreglada del francés por los Sres. Mario y Santoval; en Lara, *Irán*, pieza en un acto de Fernando Segura, y *Despedida cruel*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; y en Romea *La marusina*, zarzuela en un acto de Angel Caamaño, con música de Lapuerta.

Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *De enero á enero*, graciosa revista en un acto de gran espectáculo, letra de D. Joaquín Montero y música del maestro Alberto Cotó; y en Romea *La Celestina*, chistosa pieza en un acto de Federico Fuentes (hijo).



GUERRA ANGLO-BOER. — El general inglés Cornelio F. Clery, jefe de las fuerzas inglesas acampadas en Frere (Natal)

Necrología.— Han fallecido: Jacobo Wiener, reputado grabador belga. Ana Swanwick, notable escritora inglesa, muy conocida por sus bellísimas traducciones de antiguos clásicos griegos. Dr. Robinet, conservador del Museo Carnavalet de París. Mme. Negre, poetisa provenzal, más conocida por el pseudónimo Lazarina de Manosque. Carlos Dopmeyer, notable escultor alemán, autor de importantes monumentos, entre ellos el de Gutenberg, que existen en Hannóver y otras importantes poblaciones alemanas. Mauricio Busch, conocido publicista alemán, hombre de confianza durante largo tiempo de Bismarck y autor de unas célebres memorias del canciller que publicó á la muerte de éste. Jacobo Carpenter, notable astrónomo inglés. Daniel Dupuis, célebre grabador francés. M. Giry, ilustre historiador francés, catedrático, miembro del Instituto de Francia, autor de importantes obras históricas.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Tenía curiosidad por saber qué le pasaba al duque por la cabeza cuando dejaba tanta libertad á su joven esposa y le era indiferente que la cortejaran, por lo cual deseaba hablar con él para aclarar aquel misterio.

— Pero si ha sido una madre la que ha conseguido su objeto...

— Se equivoca usted; mi mujer era huérfana; no tenía á nadie en el mundo, como usted, y me he ca-

— Vamos, sé franco, dijo Sarnico; después de almorzar te has tendido en la cama y te has quedado dormido.

— No, no es cierto; he pasado el tiempo pintando.



Eduardo se había arrodillado y le pedía perdón

El duque era muy franco en su trato y le gustaba saber noticias y averiguar la vida de todos: desde el día en que Renata llegó á la quinta despertó sobre manera su curiosidad, como todas las cosas que no se comprenden, porque no podía explicarse cómo una joven hermosa y rica no se había casado aún; por eso después que hubieron hablado de cosas indiferentes se detuvo y le dijo:

— Desearía que satisficiera usted una curiosidad que me preocupa desde el día en que he tenido el gusto de conocerla. ¿Por qué no se ha casado usted?

— Por no perder mi libertad. Y usted, ¿por qué se ha casado?

— Por conservar la mía.

Renata le miró maravillada.

— Me explicaré: cuando soltero, parece que era un buen partido y me asediaban todas las madres que querían regalarme sus hijas; para librarme de esta molestia, me he casado, y así me dejan en paz.

— ¿Y si hubiera usted sido desgraciado?

— Todo depende de tomar las cosas con filosofía, así como la mujer, con la cual se acaba por estar menos tiempo que con las demás señoras; yo no me quejo de mi esposa, es amable y me deja mi entera libertad.

— Pues yo no pensaría así, replicó Renata; si fuese hombre desearía que la mujer fuera enteramente mía.

— Para morir de fastidio.

— Por más que diga usted, no puede pensar así.

— Aseguro á usted que por ahora no pienso de otro modo; tal vez cambie de parecer en adelante, pues nadie sabe lo que puede suceder; por lo demás, aquí tiene usted una de las ventajas de ser casado: he podido pasear por estas alamedas y disfrutar de la compañía de usted sin temor de comprometerla. Créame usted; el matrimonio no es una cadena, sino una emancipación de las mamás que andan á caza de maridos para sus hijas.

sado precisamente por esta razón; antes que tener suegros, me habría ahogado.

— ¿Y si se hubiese usted enamorado seriamente de una joven que tuviera padres?

— Imposible, el amor es una invención de los poetas.

Renata le miraba y le parecía extraño aquel hombre, joven todavía, que renegaba del amor; le era grato hablar con él, por lo mismo que sabía que no estaba convencido de lo que decía.

En tanto se había acercado al grupo de sus amigos: la duquesa dijo que al ver que se prolongaba la ausencia de su marido estaba celosa y temía que Renata se lo hubiese robado; pero todos preguntaban qué le habría sucedido á Eduardo, á quien no se había visto en todo el día.

— Quizás tenga una cita con alguna señorita de las que vinieron ayer, dijo el marqués de Solcio.

La princesa lo defendió diciendo que aquel día sería uno de los de misantropía de su hermano y que por eso huía de la gente. El príncipe decía que parecía un enamorado sin correspondencia.

Y las señoras reían y se preguntaban qué pensaría de todo ello su mujer ausente.

— Mi prima está enferma y no piensa más que en cuidar de su salud, dijo Renata.

En esto se vió un punto obscuro salir de la quinta y aparecer y desaparecer entre los árboles.

— Ahí está el Sr. Sangalli, exclamaron las señoritas Sarnico.

— Ahí viene nuestro desertor, dijo el príncipe; y viendo que se había detenido sin saber qué dirección tomar, gritó: ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Por aquí, por la derecha!

— ¡Gracias á Dios que ha resucitado usted!, dijeron todos á una.

— Es que he estado trabajando y se me han pasado las horas sin notarlo.

— Pues veamos lo que has pintado.

— No puede ser; es una sorpresa.

— ¿Ves cómo teníamos razón?

— Pues bien, ya que os empeñáis, me he dormido.

La duquesa dijo que después de haber descansado todo el día era preciso hacer algo nuevo por la noche.

— Bailemos, dijeron las condesitas Sarnico.

— ¡Vaya una novedad!

— Propón alguna cosa, dijo Fanny á la duquesa; tú te pintas sola para trazar proyectos.

— Pues bien, contestó la duquesa; propondré una cosa extraña, nueva; pero nadie ha de oponerse.

— Veamos qué es.

— Una excursión en barcas hasta Nápoles; luego vamos á la quinta Nacional á tomar un helado y volvemos á pie: ¡qué magnífico paseo!

— ¿Y no se podría volver en carruaje?, preguntó el príncipe.

— Ya aburre ir en coche: en cambio un buen paseo, con agradable compañía á la luz de la luna...

— Id vosotros; lo que es yo no tengo ganas de ir de Nápoles á Posilipo á pie, dijo la condesa de Sarnico.

— Pues hagamos una cosa, dijo la princesa; enviaremos un coche á Nápoles para los que no puedan andar, y los demás volverán á pie.

— ¡Muy bien!, exclamaron. ¡Viva la princesa, que ha encontrado modo de contentar á todos!

La comida fué más animada aquel día, porque á todos les sonreía la idea de pasear por aquel mar azul y de dar una vuelta por la ciudad.

Renata era la única que estaba triste, pensando que todas estas excursiones ofrecían ocasión á Eduardo y á la duquesa para estar juntos y hablar; temía que encontrase mayor atractivo en sus conversaciones con la duquesa por tener más libertad en su calidad de casada, que con una soltera, y sufría como si tuviese algo que la corroyese interiormente.

Eduardo observaba aquella tristeza, se figuraba aquellos sufrimientos y procuraba consolarla con buenas palabras.

Cuando estuvieron á punto de entrar en la barca, Renata no pudo menos de decir á Eduardo:

— Venga usted conmigo.

Eduardo respondió con una mirada de asentimiento.

En la primera barca entraron la duquesa, la princesa, la condesa Sarnico, el marqués de Solcio y el príncipe; en la otra las condesitas, Renata, Eduardo, el duque y el conde. No cuadró mucho aquella combinación á la duquesa, que habría querido tener á su lado á Eduardo; pero el marqués era bastante simpático, le hacía la corte y se resignó.

Las barcas se apartaron de tierra y bogaron mar adentro en medio de las risas de todos los expedicionarios.

Era una noche calurosa de estío, y la brisa del mar, que acariciaba los rostros, refrescándolos, ponía á todos de buen humor.

Conforme se iban alejando las embarcaciones de la playa, el silencio era más profundo, las luces de la orilla parecían más pequeñas, semejando una fantástica diadema de estrellas que coronase el mar obscuro y sencillamente rizado por la brisa nocturna.

Renata estaba sentada junto á Eduardo de modo que se tocaban sus cuerpos, del propio modo que en aquel momento sentían unidos sus pensamientos.

De pronto experimentaron ambos una imperiosa necesidad de hablarse; pero la presencia de los demás los intimidaba, y juntaron sus manos y se sintieron unidos como si un solo corazón enviase oleadas de sangre á sus cerebros.

— ¡Qué hermoso es esto!, dijo Renata.

— ¿Le gusta á usted?, preguntó el duque interrumpiendo la conversación que sostenía con las muchachas; pues yo le confieso á usted que si no fuese por la compañía, preferiría estar en un salón bien iluminado.

— ¿Y la poesía de la naturaleza?, exclamó Eduardo.

— Pamplinas de los poetas; jamás he llegado á comprender el lenguaje de la naturaleza; me placen los jardines con tal que rodeen una hermosa quinta, y también el mar con tal que se refleje en él una ciudad populosa como Nápoles. ¡Eh, remero, no vayas tan lejos!, añadió volviéndose al barquero. Cerca, cerca, que se oigan los rumores de la ciudad y se vean las luces; allá abajo está el silencio y el silencio es la muerte.

Se acercaron más á la orilla y oyeron alegres canciones que salían de una barca.

— ¡Bravo! ¡Bien! ¡Así me gusta!, gritó el duque; un poco de música.

Los de la barca lo oyeron, se aproximaron más y continuaron cantando sin dejar de seguir la barca del duque: éste y las condesitas reían y decían: más, más.

Renata y Eduardo se hablaban en voz baja cogidos de las manos.

— ¿Por qué está usted tan triste?, preguntaba Eduardo.

— Porque se me ha clavado en el corazón un puñal de plata.

— Que no se agradeció tanto como ciertas flores.

— Las flores estarán ya marchitas; el puñal las ha muerto.

— Al contrario, vivirán más que el puñal, que estoy pronto á arrojar al mar si así lo desea usted.

— ¿De veras? ¿No le importa á usted?

— Sólo me importa lo que procede de usted.

Y le estrechó la mano con más fuerza, no pudiendo continuar la conversación porque la música había cesado.

— Otra canción hasta que llegemos á Nápoles.

— Señorito, tenemos sed, dijeron los remeros.

— ¡Ahí va!

Y el duque les echó una moneda de plata que cogió uno de ellos.

— ¿Y á mí, no me da usted nada, señorito?

Otra moneda cayó en la barca.

Entonces los remeros comenzaron á reñir entre sí y á pedir más dinero; pero el duque estaba cansado y además se acercaban á la Villa Nacional que, toda iluminada, presentaba á aquella hora un efecto fantástico.

— ¡Adelante, adelante!, dijo el duque á los barqueros.

Los de la otra embarcación seguían detrás cantando, esforzando la voz, desentonando y pidiendo más dinero.

Pero aquellas voces quedaron dominadas por un concierto musical que procedía de la Villa; las dos embarcaciones tocaban ya la orilla y todos saltaron á tierra saludándose y formando un grupo.

Permanecieron un rato deslumbrados por la ilumi-

nación de la Villa y distraídos por el rumor de la música y de la gente que se había reunido.

Trabajo les costó encontrar mesas y más aún sillas; los caballeros tuvieron que ir á caza de ellas para colocar á las señoras; por último todos se sentaron y empezaron las conversaciones, y la alegría se hizo más rumorosa mientras tomaban helados.

Aquella comitiva elegante atrajo al principio las miradas de toda la gente que allí refrescaba.

Un sujeto que conoció al príncipe se acercó á saludarle.

— ¡Calla! ¿Está usted aquí? ¿No reside usted en el campo?

— Hemos tenido el capricho de venir á tomar un sorbete á la Villa.

— Se lo han ganado ustedes con el camino que han hecho.

— Es verdad, y volveremos á pie.

— ¿De veras? Pues me alegro.

El haber entrado de pronto en medio de la vida de la ciudad, á saludar á algún amigo, á ver toda aquella gente alegre, animada, sentada alrededor de la música, oír los cantos que salían de las barcas iluminadas, el ruido de los carruajes que procedía del camino, todo esto daba una excitación insólita á aquella comitiva que desde la tranquilidad de la quinta había pasado á aquel sitio, y todos estaban de buen humor, hasta Renata, que después de las declaraciones que le había hecho Eduardo en la barca, se consideraba feliz.

Al regreso, también se puso á su lado su primo, que le ofreció el brazo, y separándose un poco de los demás hablaron con más libertad.

Hacía tanto tiempo que no habían tenido la oportunidad de entregarse á una de aquellas conversaciones que tanto les complacían, que saboreaban entonces todo su deleite, olvidándose de los compañeros que iban delante de ellos, andando despacio para estar más solos, sin fijarse en el camino ni en los transeúntes.

Estaban ya en Meryellina, y los rumores de la ciudad se iban extinguiendo, los caminos estaban más solitarios, las iluminaciones más opacas, tanto que á ratos les rodeaba una semiobscuridad.

Y los dos jóvenes caminaban lentamente, ora hablando con animación, ora suspirando silenciosos.

— ¿Por qué hemos de estar destinados á pasar la vida separados, cuando juntos hubiéramos sido tan felices?, dijo Eduardo estrechando el brazo de Renata y llevándose al corazón.

— ¿Y de quién es la culpa?, preguntó Renata.

— No despierte usted mis remordimientos, que me destroza el alma y atormenta mi vida; pero nuestro amor no puede quedar sin esperanza; ambos somos libres.

— ¿Y Elisa?

— No me hable usted de ella; está enferma, no puede vivir mucho tiempo, según dice el médico; y si yo me quedase viudo...

— No diga usted esas cosas, que me hacen daño, dijo Renata soltándose de su brazo y apartándose del joven.

Eduardo la siguió y la suplicó que le perdonase; no sabía lo que decía; pero no era posible que fuese infeliz toda su vida, necesitaba una esperanza que lo consolase; le tomaba la mano y se la besaba; estaba realmente más expansivo que de costumbre.

Renata se apresuró á reunirse con el resto de la comitiva para interrumpir aquella conversación que la conturbaba.

Después de la alegría del principio de la noche, estaban todos un poco cansados y se sentían invadidos de la melancolía de la hora y de la soledad. Habían pasado contentos la velada; pero todos tenían necesidad de recogerse y de retirarse á sus respectivas habitaciones.

En el momento de darse recíprocamente las buenas noches, Eduardo halló aún modo de acercarse á Renata y con voz suplicante le dijo:

— ¿Puedo esperar?

— Buenas noches, contestó la joven, y entró rápidamente en su cuarto por no empezar otra vez la conversación interrumpida.

XXVI

Cuando estuvo sola, Renata se puso á reflexionar y no sintió ganas de acostarse.

Acababa de oír á Eduardo hablar de la muerte de Elisa, y no había experimentado horror ni le había alejado de sí para siempre; luego ¿su amor era culpable? No era el amor buen ideal de sus sueños, no era el sol que caldea el corazón, la luz que alumbraba la existencia, sino un vendaval que todo lo trastorna y todo lo destruye en su furor. Conocía que también ella se volvería mala, egoísta, que lo sacrificaría todo

por ser feliz, y veía su grande amor transformarse en un sentimiento punible, convertirse de pronto en una obra diabólica, en una falta. Y se irritaba con Eduardo porque no le podía odiar; consigo misma porque le había escuchado, porque aún gustaba el placer de haber pasado casi toda la noche á su lado; estaba inquieta, nerviosa, conocía que si continuaba cerca de él no podría resistir á su amor, que se tornaba una pasión perversa, hasta el punto de desear la muerte de Elisa para poder triunfar.

Luego su imaginación en su laborioso trabajo la hacía comprender cómo una pasión podía arrastrar á perder la razón y hasta conducir á cometer un delito.

Del deseo de la muerte de una persona á matarla si la ocasión se presenta no hay más que un paso, y ella ya veía á Eduardo convertido en un delincuente, en un asesino, y sin embargo no podía odiarlo; se sentía vencida por la fuerza de aquel amor que no retrocedería ni ante un crimen.

Pasó la noche sin dormir, atormentada por aquellos pensamientos, y se sosegó después de tomar la resolución de partir, de alejarse de Eduardo, de no verlo más.

Se levantó más tranquila, firme en aquella resolución; sólo era cosa de encontrar un pretexto para partir en seguida; procuró evitar el ver á Eduardo, temerosa de no tener valor para persistir en su propósito. Aquel día la duquesa, herida en lo vivo porque el joven la había abandonado la noche anterior, lo quiso todo para ella, é hizo que la acompañara á dar un paseo, encontró asuntos para que su conversación le interesara, se mostró locuaz, decidora, inagotable, tanto que él se dejó llevar de la fascinación de aquella señora bella y elegante, y no pensó en Renata, que sentía el roedor de los celos y que en aquel momento desistió de marcharse por no dejar á la duquesa dueña del campo y pensó: «También yo me quedaré toda la semana, y me marcharé con los demás,» única concesión que hacía á su corazón.

En aquellos días tuvieron frecuentes ocasiones de encontrarse solos: él, para hacer olvidar el tiempo que se veía obligado á dedicar á la duquesa por no ser descortés, se manifestaba con Renata afable y expansivo, mientras que ella sufría continuamente, así cuando lo veía entretenido con la duquesa como cuando él le pedía con insistencia una esperanza que ella no podía darle.

— ¡Dios mío!, le decía, me matará usted: ¿no ve usted que no como ni duermo? No tiene usted corazón.

Y se veía claramente que Eduardo sufría; rodeaban sus ojos dos círculos morados, profundos; apenas comía, y pedía una fuerza ficticia al vino y al coñac, lo cual le exaltaba con exceso y hacía que se mostrara más insistente con Renata.

— Dígame usted: si algún día llego á quedar libre, y juro á usted que no haré nada para ello, ni siquiera intentaré conseguir el divorcio, aunque nos sea fácil á nosotros los hijos de la libre América..., pero ¿y si llegase ese día?

Renata al oír estas palabras sentía que le penetraba en el cerebro una esperanza que desechaba en seguida como un sueño culpable y respondía:

— No, nunca, calle usted, calle, sufro demasiado.

Entretanto los huéspedes de la quinta empezaron á marcharse uno á uno.

La duquesa Celani, al estrechar la mano de Eduardo, le dijo:

— Hasta la vista, acuérdesse usted de que me ha prometido hacerme una visita cuando esté en mi quinta del lago de Como.

El marqués de Solcio fué uno de los últimos en partir, y la víspera de su marcha tuvo una conversación con Renata.

Le dijo que todos aquellos días la había amado en silencio, pero antes de partir quería expresarle la impresión que había causado en su corazón y le pedía su mano.

Renata le dió las gracias, conmovida por aquel afecto discreto; pero no aceptó.

— Tengo el corazón muerto, contestó, y sería una compañera muy triste para usted.

Y cuando Eduardo volvió á atormentarla con su acostumbrada pregunta: «¿Puedo esperar?», le contestó: «Si no me deja usted en paz, me casaré con el marqués, para quitarle toda esperanza.»

Pero se quedó aún más sorprendido cuando la vió bajar un día de su cuarto con traje de viaje y alargarle la mano para despedirse de él.

— ¡Cómo! ¿Se va usted?, preguntó el joven poniéndose pálido como un difunto.

— Es preciso, contestó Renata.

— No, aguarde usted, la acompañaré.

— No se lo permito; vuelva usted al lado de Elisa.

— ¿No ve usted que me hace daño? Es usted muy cruel.

— Ánimo, le dijo al oído, y piense usted alguna vez en mí.

Fanny subió al coche para acompañarla á la estación.

— ¡Cuánto te ama!, la dijo, y qué difícil me será consolarlo!

— ¡Y pensar que si no hubiera tenido tanta prisa por vengarse, aún podríamos ser felices!, dijo Renata llorando y abrazando á su amiga, uniendo en un mismo dolor su alejamiento de Eduardo y de la casa hospitalaria, donde había pasado tan alegres días, para volver á su soledad.

XXVII

La marquesa de Belfiore fué á vivir con su hija á fines del otoño en una pequeña quinta á orillas del mar junto á Niza.

Elisa estaba enferma del pecho y los médicos le habían aconsejado la residencia en un clima templado y suave, y ella siguió de buen grado este consejo, porque en Niza se encontraba á gusto, tenía muchos conocidos y llevaba una vida ostentosa, más de lo que podría haberla llevado en su ciudad, con su salud delicada.

Estaba siempre rodeada de adoradores que le hacían la corte y ni siquiera se acordaba de que estaba casada; en cuanto á la marquesa Emilia, decía que era mucho mejor que su marido la dejase en paz.

La marquesa añadía que por último se había convencido de que Eduardo tenía ideas muy plebeyas, que había creído que el dinero podía disipar ciertos prejuicios, pero se había equivocado; Sangalli sería siempre un advenedizo, y lo mejor era que permaneciese lejos de ellas y las dejase tranquilas. El desprecio que les inspiraba el hombre que tanto habían deseado y al cual debían sus riquezas había llegado al extremo de que no querían saber una palabra de él, y en Niza todos le conocían por marqués de Belfiore, se sabía que Elisa tenía un marido en alguna parte del mundo, pero en vista de que ella era amable y simpática y de que aquel marido era invisible, nadie se cuidaba de él.

Y si Elisa estaba rodeada y cortejada por toda la colonia de ociosos que pasaba el invierno en Niza, si por su elegancia era la reina de todas las fiestas, también la marquesa Emilia lucía vistosos trajes y tenía solícitos servidores que tal vez se divertían en decirle cumplidos por pasar el rato, ó quizás se inclinaban ante su nombre y su título, y ella se pavoneaba cuando se miraba al espejo y con mirada indulgente le parecía que aquella gordura incipiente, que debía á su vida desahogada y tranquila de los últimos tiempos, le daba una frescura y lozanía casi juveniles, y se figuraba que sus cuarenta y cinco años podían pasar por treinta y cinco, especialmente si cuidaba de mantenerse en la penumbra de la sala, ó de noche á la suave luz que proyectaban las lámparas cubiertas de gasa, y de no olvidarse de taparse la cara con un velo cuando se exponía á la luz deslumbradora del sol.

— ¡Qué lástima, decía siempre á su hija, no haber podido empezar antes esta vida!

— ¡Y qué lástima que yo me encuentre tan débil y no pueda soportar la fatiga!, decía Elisa. Y sin embargo, no hago nada, no me siento mal y me canso en seguida.

Y la precaria salud de Elisa era el punto negro de las dos mujeres, y lo que era peor, parecía que de año en año estaba más débil y delicada, sin que de nada le sirvieran las curas del verano, ni el pasar todo el invierno en aquel ambiente templado, en aquel aire puro y apacible.

Si salía de día, por la noche debía acostarse temprano, y al contrario, si de noche quería tomar parte en alguna diversión, no podía levantarse hasta la hora de comer.

Alguna vez le asaltaba el temor de que moriría pronto, y entonces hacía un esfuerzo y decía que quería gozar de la vida y divertirse, y por espacio de algunos días se la veía en todas las fiestas, vestida con elegancia, resplandeciente de joyas, con el rostro colorado por la fiebre, y andaba como una máquina, reclamando á los nervios una energía ficticia, excitada por el movimiento de la gente, hasta que no podía más y debía ceder al cansancio y encerrarse en su casa ó entregarse forzosamente en manos de los médicos.

Entonces la desesperaba el temor de morir.

— No quiero morir, decía; ¡es tan bella la vida!

Luego llegaban los días de la convalecencia, durante los cuales se sentía renacer; entonces, arrellanada en una butaca, vestida con una elegante bata, recibía á los amigos, y mientras estaba quieta, oía con gusto las conversaciones que se sostenían á su alrededor, gozaba al ver el interés que todos mani-

festaban por su salud y la complacía el verse mimada como una niña.

Aunque Eduardo no le escribía nunca, por las noticias de los amigos de ambos, que de cuando en cuando iban á Niza, estaba informada de su vida, y había sabido que acababa de pasar una temporada, juntamente con Renata, en la posesión de los príncipes de Poggio Mirtello, y que su marido se había mostrado muy solícito con su hermosa prima.

Poco le importaba que su marido hiciese el amor á todas las mujeres; pero tratándose de Renata, sentía un despecho que le amargaba cada vez más la existencia.

— Quiero vivir, decía, aunque sólo sea para impedir que Eduardo disfrute de la felicidad que el destino me niega.

Y en aquel afán de vivir se cuidaba exageradamente, pasando días enteros sin salir de casa, mientras la marquesa Emilia, muy aficionada á divertirse, hacía de vez en cuando excursiones á Monte Carlo, donde las emociones del juego daban una sacudida á sus nervios, y regresaba alegre, llena de vida y especialmente si la suerte le había sido propicia.

No se preocupaba de la salud de su hija y ni siquiera echaba de ver que desmejoraba de día en día.

Decía que era muy aprensiva, que se escuchaba demasiado, que no tenía ánimo para sufrir un poco de malestar, pero que todo aquello no era nada, y en tanto se divertía cuanto podía y gozaba de la vida.

XXVIII

Renata marchó á Villa Gracia, no con la intención de residir allí, sino para calmar la agitación nerviosa y tener un poco de quietud y recogimiento.

Era joven, hermosa, llena de vigor y de salud, y sin embargo, comprendía que la vida no tenía ya ningún atractivo para ella; volvió á ver con indiferencia Villa Gracia, donde tenía tantos recuerdos de su juventud é iba siempre con gusto.

Intentó dedicarse á sus ocupaciones favoritas, pero nada le interesaba; sentía un gran vacío en el corazón y en la mente. Habría deseado dormirse eternamente para poder olvidarlo todo, único consuelo cuando la vida no tiene ya esperanza. Aquel amor que había soñado como una llama fulgurante, que todo lo iluminaba, lo veía ahora ofuscado, caído en el lodo, envilecido por las pasiones más bajas.

Si antes lo había considerado como emanación del cielo, ahora lo tenía por algo de diabólico, de fatal y capaz de mudar el corazón de los hombres y de envenenarlo con su hálito maléfico. Sentía que todo su ser sufría una transformación, no creía ya en las cosas en que había creído hasta aquel momento, su fe había recibido una sacudida mortal, se tornaba escéptica, dudaba del mundo, de sí misma, de todo.

Deseaba la muerte y sin embargo no tenía valor para buscarla y la imploraba del cielo como una gracia; se preguntaba qué falta tenía que expiar para estar condenada á vivir sin esperanza, á arrastrar una vida que la oprimía, en medio de una sociedad egoísta de la cual descubría en aquel momento su verdadero ser.

Al despedirse de Fanny, abrigaba el propósito de viajar, de irse muy lejos, pero ¿con qué objeto? Habría huído de sus amigos, de sus semejantes, pero no de sí misma, y habría arrastrado su dolor como se arrastra una cadena.

Habría querido viajar, y no tenía ánimo para dar vueltas por el mundo con su tristeza, y allí, en su gabinete, pensaba y pensaba, sin fuerzas para moverse ó buscar el olvido en una ocupación.

El piano estaba cerrado y mudo en un rincón, el bordado y los pinceles yacían olvidados, los libros estaban guardados en la biblioteca, y ella permanecía allí, quebrantada, sola, sin tener fuerza para rechazar el alimento que á las horas acostumbra las ponían delante, para dejarse morir.

Había momentos en que le parecía perder la razón, y le habría satisfecho entontecerse hasta el punto de no comprender nada y vivir como los insectos que veía andar por su jardín, sin pensar, sin razonar, y venir á parar inconscientemente en la nada.

Pero si uno puede pensar en matarse, no puede hacer que su mente se entorpezca, no puede acallar el pensamiento, refrenar la imaginación; hay en nosotros fenómenos independientes de nuestra voluntad que debemos soportar á pesar nuestro y que nos demuestran cuán impotentes somos.

Renata no podía explicarse el porqué de la transformación sobrevenida en su corazón, ni cómo había cambiado tanto su modo de pensar hasta el punto de ver el mundo tan diferente de como lo veía pocos días antes; pero sentía que aquella transformación era definitiva; que había muerto y salido otra

Renata de las cenizas de la primera, cansada de la vida sin ideal y sin fe.

Esperaba que le diese un impulso de moverse, de hacer algo, y entretanto pasaba los días sola, huyendo de la gente, paseando con frecuencia por los bosques, por los senderos menos frecuentados, procurando cansarse para poder dormir con sueño profundo que la librase de los pensamientos que la oprimían.

No hacía caso del frío, de la lluvia, ni de la nieve, contenta si los padecimientos físicos pudieran sobreponerse á los morales; pero su robusta naturaleza le permitía desafiar las intemperies, y hasta parecía que la hiciesen cobrar nuevo vigor; era como el roble que no se dobla; el mismo desprecio que tenía á la vida parecía que le sirviese de coraza, tanto era lo que resistía el calor, el frío, el furor del huracán, y se extrañaba de que mientras bastaba un soplo para hacer caer tantas vidas preciosas, la suya, que no servía para nada, fuese tan resistente.

Era un día de noviembre nublado y húmedo, de esos días que causan en el cuerpo los escalofríos de la fiebre y en el alma una tristeza que hace pensar en la juventud que pasa, en el frío de la tumba, y surgen todas las cosas tristes que están escondidas en el fondo del alma.

Renata daba vueltas por los bosques, que iban despojándose de su verdura; andaba á paso lento sobre las hojas caídas, que formaban como una alfombra amarillenta y resbaladiza; á través de las ramas desnudas observaba el cielo gris, plomizo, y gustaba de aquella tristeza de la naturaleza, que parecía un eco de la de su alma; vagaba sin objeto y sin deseo por los senderos fangosos, se internaba donde el bosque era más espeso y donde las ramas más enmarañadas y los árboles más corpulentos impedían que penetrara la ya escasa luz.

De pronto se sobresaltó al oír ruido del ramaje y al ver que se acercaba á ella una sombra.

No le asustaba nada por lo mismo que tenía en poco la vida; pero cuando aquella sombra se aproximó más y reconoció á Eduardo Sangalli, se estremeció, le flaquearon las piernas, tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol y pasó un rato antes que pudiera hablar.

— Es una verdadera persecución, dijo por fin cuando pudo recobrarle.

Eduardo se había arrodillado y le pedía perdón.

— No puedo vivir sin usted, le dijo; máteme, pero no me prohíba verla. Hace dos días y dos noches que vago por los bosques como un vagabundo; me ha prohibido usted venir á su casa, y únicamente de noche me atreva á llegar hasta Villa Gracia para estar más cerca de usted, tenga usted piedad de mí: ¿no ve á qué estado me hallo reducido?

En efecto, tenía el calzado y los pantalones llenos de barro, la barba larga, el sombrero estropeado por la lluvia; nadie habría conocido en él al elegante joven, al ídolo de las damas, al cumplido caballero que las hacía suspirar en los salones de moda.

Renata le tuvo lástima y dijo con voz dulce y compasiva:

— ¿Qué quiere usted, Eduardo? Resignémonos; es el destino el que no quiere que seamos felices; inclinemos la cabeza ante la voluntad de una fuerza con la que no podemos luchar.

— Lo he intentado y no puedo; es más fuerte que yo; fácilmente se dice: resignémonos. ¿Y por qué? No es humano ser desgraciado, sufrir, pensar, cuando podríamos ser tan felices. Oiga usted, Renata, y al decir esto dió un paso para acercarse á ella, ¿ha visto usted alguna vez que el enfermo rechazara la medicina que debía devolverle la salud? ¿Al preso soportar en santa paz el peso de sus cadenas? ¿Al naufrago rechazar la tabla de salvación? Pues yo tampoco quiero ver destrozada mi vida, también yo tengo derecho á mi parte de sol; quiero esperar; la necesito á usted, necesito su presencia, estar cerca de usted y respirar el aire que respira.

— ¿Quién habla de infelicidad? Usted que dispone de riquezas, que es joven, hombre y tiene el mundo por suyo. Pero, adiós, ya le he escuchado bastante, y quiso alejarse.

— Deténgase usted, Renata, y óigame; se lo suplico de rodillas como se ruega á la Virgen, no me deje usted, y la tomó una mano y la hizo sentar á su lado en un montón de piedras.

— Dice usted que el mundo es mío, repuso; pues bien, lo daría todo, mis riquezas, mi juventud, todo con tal que usted me permitiera verla á menudo, esperar que algún día será usted mía.

— Pero ¿no sabe usted que esa esperanza es un delito? Me causa usted horror — é intentaba alejarlo, pero no tenía bastante fuerza, pues á su vez sentía la fascinación de aquella voz, y procuraba eximirse de ella, pero débilmente y sin energía.

(Continuará)

MEDALLA

EN HONOR DE D. EMILIO CASTELAR

El día del entierro de D. Emilio Castelar anunció D. Pablo Bosch, persona competentísima en materias de arte y entusiasta admirador del eminente repúblico, que abría un concurso público para premiar el mejor proyecto de medalla conmemorativa en honor del ilustre finado. El importe del premio era de 500 pesetas.

Pocas semanas después, el día 26 de junio, reunió el jurado, compuesto de siete personas de reconocida competencia, entre las cuales figuraban las designadas por las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando y por la dirección del Museo Arqueológico, habiéndose concedido por unanimidad el premio, entre los veinte proyectos presentados á concurso, al de nuestro paisano el notable escultor D. Eusebio Arnau.

Inmediatamente se acordó fundir, no acuñar, la medalla, como se hacía en el siglo XVI por los grandes medallistas, con lo cual cada ejemplar tiene el valor de una prueba de artista, pues en cada uno es necesario el retoque.

La medalla es del tamaño llamado conmemorativo, el mismo en que la reproducimos. En el anverso aparece de perfil el busto de Castelar con la inscripción *Emilio Castelar, obiit XXV Mai MDCCCXCIX*; en el reverso hay dos figuras, una de las cuales representa el *Genio de la Elocuencia* sosteniendo en la mano izquierda una antorcha y estrechando con la derecha la de un obrero forjador. Al fondo vese el sol que surge de las tinieblas circundado de rayos, sobre los cuales se lee la palabra *Libertas*. Bajo los pies de las figuras hay esta otra leyenda: *Paulus Bosch, fecit facere MDCCCXCIX*.

El retrato de Castelar es de un gran parecido y las figuras del reverso, de correcto y vigoroso dibujo, están muy bien modeladas.

Esta medalla, que tiene el aspecto de un bajo relieve, ha sido fundida en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona, con la perfección que es tradicional en tan importante establecimiento, honra de nuestra ciudad y de España entera.

**

CARTEL ANUNCIADOR

OBRA DE J. HASSALL

Hace algún tiempo dedicamos á los carteles artísticos una serie de artículos, por los cuales y por las ilustraciones que los acompañaban pudieron ver nuestros lectores la importancia que en todas las naciones ha alcanzado este género moderno dentro de las bellas artes.

No hemos de reproducir ahora á propósito del que en esta página publicamos, las consideraciones que entonces expusimos, y únicamente haremos observar cuán admirablemente se ajusta la obra del dibujante inglés J. Hassall á las reglas que presiden en esta clase de producciones y cuán perfectamente responde al fin principal que los carteles artísticos deben realizar.

La sobriedad de la composición, la simplicidad y energía de las líneas, la disposición hábil de las manchas de color, el contraste de los tonos acentuados y de las medias tintas, son las cualidades salientes del cartel que nos ocupa y justifican el aplauso

con que fué acogido y la atención que despertó cuando se expuso en Londres como anuncio del drama *The Only Way*, que con grandísimo éxito se representó en uno de los principales teatros de aquella capital.

Por su factura se impone desde lejos; pero además



ANVERSO



REVERSO

Medalla en honor de D. EMILIO CASTELAR, obra de Eusebio Arnau, premiada en el concurso celebrado en Madrid por iniciativa de D. Pablo Bosch y fundida en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona

reune cualidades de expresión que no suelen verse en esta clase de trabajos y que resplandecen sobre todo en la figura del personaje que sube á la guillotina.

edificios públicos, acueductos, puentes, etc., etc.

Calculase que hay en la gran muralla piedra y ladrillo bastante para edificar cien ciudades del tamaño de Pekín, además de los acueductos y de las defensas que se necesitan en el Norte de China. Los contratistas americanos piensan realizar su empresa de derribar la muralla en el breve espacio de cinco años. Para ello están llevando ya barrenas de vapor y piensan hacer mucho uso de la dinamita.

**

NIEVE ELECTRIZADA

Mr. Finley, meteorologista americano, asegura haber presenciado un fenómeno rarísimo durante un viaje de ascensión á la cima del Pike's Peak.

Según la relación de dicho señor, publicada en un periódico extranjero, le sorprendió en su excursión una tormenta de nieve cuyos primeros copos, voluminosos y no compactos, al chocar en su caída con la piel del mulo que montaba Finley, despedían pequeñas chispas.

El fenómeno fué acentuándose cada vez más, hasta el punto de que, cuando la tormenta llegó á su máximo de violencia, cada copo producía una fuerte chispa acompañada de un chasquido estridente. La nevada causaba el efecto de un torrente de fuego que brotaba en chispas incesantes de los dedos, de la nariz y de las orejas del jinete, al mismo tiempo que de la piel de su cabalgadura.

**

EL ÚLTIMO VETERANO

Acaba de ser descubierto, según informes de los periódicos, un nuevo veterano de las campañas napoleónicas. En Cracovia vive este curioso ejemplar y es conocido por el nombre de Vincent Markiewicz.

Nació este veterano el 15 de enero de 1794. Cuenta por consiguiente ciento cinco años, bien corridos y vividos.

Markiewicz se enganchó á los diez y siete años en un regimiento polaco incorporado al ejército de Napoleón. Con él presenció el incendio de Moscou y el desastre de Beresina y asistió á las batallas de Lutren y Leipzig.

Después de la caída de Napoleón, el bravo soldado prestó sus servicios á Polonia, y más tarde á Hungría en la guerra de la independencia. Al acabar esta última se retiró á Cracovia y allí lleva medio siglo viviendo en paz. — X.



Cartel anunciador del drama *The Only Way*, representado con extraordinario éxito en Londres, obra de J. Hassall

DEMOLICIÓN DE LAS MURALLAS

DE LA CHINA

La gran muralla de la China, que constituye una de las maravillas del mundo, va á ser derribada.

La emperatriz viuda lo ha decretado así, y varios

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

TABLA ARITMÉTICA «BELLVER». — Por medio de esta tabla única y por un procedimiento original y sencillo pueden aprender fácilmente los niños las cuatro reglas aritméticas. Ha sido impresa en Madrid en la imprenta de Hernando y Compañía.

CALANDRACAS, por *Nicolás Estébanez*. — Contiene este tomo, que es el 69 de la «Colección Diamante» con tanto éxito editada en Barcelona por D. Antonio López, diez y siete narraciones debidas al conocido escritor Sr. Estébanez, en las cuales, aparte del interés de los asuntos, son de alabar la elegancia de estilo y todas las cualidades literarias que han conquistado á su autor un envidiado puesto en las letras españolas. Véndese á dos reales.

LA REFORMA DE LA LEGISLACIÓN, por *Roberto Espinoza*. — El tomo que con este título ha publicado el distinguido jurisculto chileno Sr. Espinoza no es más que un esquema del trabajo que sobre tan trascendental asunto está preparando

y que ha merecido calurosos elogios del eminente sociólogo italiano Enrique Piccione. Comprende cinco capítulos y en ellos se estudian las necesidades que abonan la reforma legislativa, los elementos de la reforma, la clasificación de los Códigos, la integración de las leyes y las eliminaciones que deben hacerse en la legislación, demostrando su autor en todas estas materias sólidos conocimientos que justifican el calificativo de espíritu profundizador y sereno que el citado profesor Piccione aplicó al Sr. Espinoza y que permiten asegurar de antemano la valla de la obra en la cual ha de desarrollar ampliamente esos temas. El libro ha sido impreso en la imprenta «El Sur» de Concepción (Chile).

¡ESPAÑA!, por *Hipólito G. de Andoin*. — Oda inspirada en el amor á España, escrita como salutación á la arribada del crucero *Río de la Plata* á la República Argentina y dedicada á los que contribuyeron á la suscripción para la construcción del mismo. Ha sido impresa en Buenos Aires.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín de Enseñanza primaria, notable revista bimensual

publicada por la Dirección de Instrucción Pública de la República Argentina y dirigida por el inspector técnico D. José H. Figueira; *La Concordia*, revista semanal ilustrada de Santiago de las Vegas (Isla de Cuba); *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombianos que se publica semanalmente en Bogotá; *Porta-Cali*, semanario valenciano, propagandista del Sanatorio de su nombre; *El Profesorado*, revista pedagógica que se publica en Granada cuatro veces al mes; *Boletín Bibliográfico español*, publicación mensual madrileña autorizada por el ministerio de Fomento; *Revista Contemporánea*, de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte Militar que se publica quincenalmente en Madrid; *La Medicina Científica en España*, revista general de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica mensualmente en Barcelona; *Boletín del Instituto Americano de Adrogue* (República Argentina), publicación mensual; *El Orden*, periódico semanal político, literario, comercial y de noticias de Barracas al Sud (República Argentina); *Política de la Provincia de Buenos Aires*; *Boletín mensual de Estadística*, publicado por la Dirección de Estadística y Antropometría de La Plata; *Caras y Caretas*, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades de Buenos Aires; *El Peruano*, boletín oficial del Perú.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los Médicos.
Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

APIOLINA CHAPOTEAUT
NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL
Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la **SALUD DE LAS SEÑORAS**
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PUENTE DE 1.680 METROS EN EL TONKÍN

En la actualidad está construyendo la casa francesa Daydé y Pillé, de Creil, un puente de 1.680 metros, destinado á cruzar el río Rojo, en la vía férrea de Hanoi á la frontera de China. Consta de diez y nueve tramos, dos de los cuales, los de los extremos, tienen 78'80 metros de longitud, nueve tienen 75 y ocho que alternan con estos últimos 106'20. Cada tramo de 106'20 metros está constituido en realidad por una pieza de 27'50 que es una prolongación de uno de los extremos del tramo inmediato de 75 metros, por un pequeño tramo de 51'20 y por otra pieza como la primera, también de 27'50.

Las vigas principales son las de los tramos de 75 metros, ó sean las que forman los cantilevers, cuya longitud total es de 130 metros: son de contextura inferior derecha y horizontal y de contextura superior poligono-

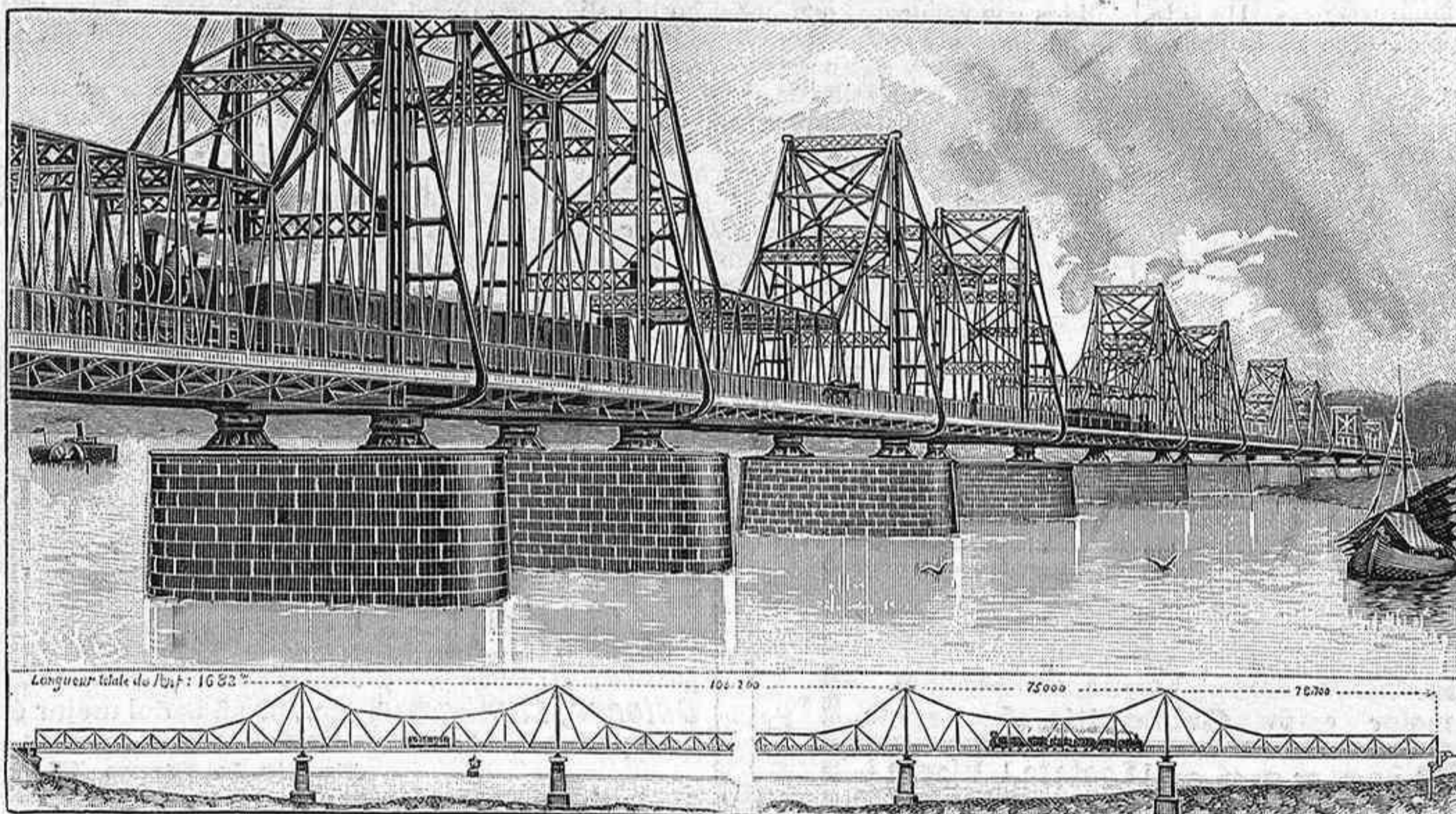
nal; su altura sobre los apoyos es de 17'60 metros, descendiendo rápidamente á 12'32 en el centro de la viga y á 5'90 en los extremos. La figura adjunta da perfecta idea de cómo están construídas estas vigas.

Los estribos no ofrecen particularidad alguna, habiendo sido construídos por medio de excavaciones blindadas: cada uno de ellos está formado por una masa de betún extendida sobre cuarenta y dos pilotes.

Las pilas serán en número de diez y ocho y estarán fundadas sobre cajones metálicos colocados por medio del aire comprimido. La construcción de algunas de ellas será más difícil que la de otras por encontrarse en un punto situado debajo del nivel del estiaje.

Esos cajones tienen por base un rectángulo de 4'20 metros de longitud por 5'80 de ancho, terminado por dos semicircunferencias. Antes de hundirlos se llena el circuito de la cámara de trabajo, entre las dos paredes, con mampostería de betún.

La construcción de las pilas ha comenzado ya y los trabajos adelantan con gran rapidez, merced á lo cual es de esperar que el puente quedará terminado dentro de poco tiempo. - X.



Puente de 1.680 metros que se construye sobre el río Rojo, en el Tonquín

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, a PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y Cia. P. 102, R. Richelieu, Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 EL JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia. Contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNÉ**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILAVOIE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN